

RELATOS HISTERICOS

por Xavi Demelo

HISTERIA DE CORNOPIOS Y DE FRAMAS

Un cornopio acudió a ver a un frama. Era un buen día de un mejor mes de un año de nieves, año de bienes. Mas, oh fatalidad, en casa del frama recogían la misma a cubos. El perro, un soberbio caniche de presa, educado en los mejores internados de San Bernardo, murió en enero de una indigestión de collar y tonel, pudriéndose en el patio del frama sin que nadie le dijera ahí te pudras, y es que la obediencia y el servicio ya no es lo que eran. De resultas de la descomposición del antaño mejor amigo del frama, unas fiebres alpinas acabaron con la frama, señora del susodicho, muriendo entre estertores de agonía y cubiertas de neumático pinchadas, que su esposo coleccionaba entre perro y perro. Los dos niñitos, de rubios tirabuzones, azules ojos, sonrosados mofletes y los primeros de la clase, no llegaron a nacer nunca. Eso sí, existía un proyecto, ratificado por ambos cónyuges hacía ya tiempo, de ponerse algún día manos a la obra. Pero los avatares del destino y el que al frama le gustara más yacer con cornopios que con la parienta habían ido retrasando la cópula hasta el punto de convertirse ésta en necrofilia en estado puro, caso de haberse consumado. Y eso no hubiera sido nada bien visto en sociedad, por lo menos sin momificación previa. Otro tema fueron los criados, que marcháronse corriendo de pura peste que hacía la antigua y poderosa mansión, llevándose los candelabros y dejando al mayordomo para responder del hurto. Este, de aristocráticas maneras y vestido con la ropa interior de la difunta, recibió al cornopio, que asombróse de la dignidad con que aquella gente llevaba las desdichas. Después de mantener una conversación formal y documental con su amigo el frama, publicó un libro que se vendió como rosquillas, siendo llevado al cine de la mano, como los niños que jamás llegaron a nacer. En viendo todo esto, el frama entabló más de diez pleitos por un quítame allá esos derechos, contra el cornopio, que hizo ver que no se daba cuenta y continuó visitando a su amigo el frama todos los años de nieves y fiestas de guardar, hasta que éste compróse un perro realmente fiero, que zampóse a su amo detrás de una galleta de premio que le había dado por aprender solito a utilizar el recogedor de excrementos. Al entierro, celebrado en el estómago del can, sólo asistieron el cornopio y alguna que otra bacteria de esas modernas que hay en los yogures.

HISTERIA PARA NO DORMIR

Erase una vez un modesto e involuntario vampiro que vivía en un ataúd forrado de terciopelo rojo psicodélico. Encima de la tapa, un crucifijo con un Cristo de cabeza ladeada, rodillas flexionadas y mirada de sufrimiento perdida en el infinito, hacía las veces de aldaba, bienvenidos, Dios bendiga cada rincón de esta casa, os guarde, etc. Una horrible mueca sarcástica contraía la expresión del crucificado, pues sólo él y el inquilino de adentro sabían que éste no podía salir si el otro no se iba. Sólo ellos y unos cuantos cientos de millones de aficionados al cine de terror. Pero de todos es sabido lo insolidario de este colectivo, así que nuestro amigo el vampiro tenía realmente un problema. Un día, en la claustrofóbica soledad de su aposento, se miró al espejo y en la imagen no reflejada de uno de sus colmillos enmohecidos, descubrió una caries tan negra como sus pecados de juventud, cuando solía ir de sangres con los amiguetes hasta el amanecer, antes de que algún mal aprendiz de Van Helsing clavara el crucifijo en la puerta de su casa. Haciendo acopio de todos sus poderes sobrenaturales, consiguió practicar un agujero abajo, en la madera del piso del ataúd, seguido de un túnel que llevaba directamente a la consulta del doctor Fluor, un odontólogo sin escrúpulos, descendiente de un barbero de Transilvania que ya había atendido al vampiro hacía más de trescientos años. Desempolvado y desentelarañado el historial médico pertinente, encontraronse ambos con la sorpresa de que el paciente padecía una extraña alergia a la circulación de la sangre, habiendo acumulado multas de tráfico por un valor casi igual a sus posesiones terrenales y hallándose en peligro inminente de deshucio. Viéndose de por muerte habitando en una triste fosa común, el vampiro comenzó a llorar, y a punto estuvo de suicidarse con un baño de sol, de no haber sido porque el médico le dio una posibilidad de curación entre varios miles. El galeno rogóle que le esperara allí, en su despacho, mientras él consultaba con su antepasado sobre la enfermedad. Y dicho esto, desapareció en la máquina del tiempo, que relucía, muy limpita ella, entre la cafetera y la videoconsola de los ratos muertos. Tardó en volver cinco o seis años, durante los cuales nuestro héroe se aficionó a las revistas del corazón y a la sangre de la enfermera, una oronda diabética con cara de osito de gominola. Cuando por fin volvió, el diagnóstico fue esperanzador; tanto la alergia como las multas habían prescrito, en virtud de un antiguo decreto-ley del zar Nicolás II, del cual no había jurisprudencia ni documento escrito, palabra de juramento hipocrático, de verdad. El colmillo enfermo fue rápidamente sustituido por el último modelo en latex ultra sensitivo, con radar incorporado, para localizar víctimas inocentes de pecado y trampas anti-vampiro, de frecuente utilización por los cazarrecompensas. A la hora de pagar, encontraronse con una diferencia de criterio importante, pues el uno quería cobrar y el otro ya había digerido todo el líquido que tenía, declarándose en suspensión de pagos. El médico y su traicionera ayudante hicieron un exhaustivo estudio de los bienes que poseía su moroso cliente, encontrando, entre fruslerías y recuerdos de familia, un soberbio crucifijo, forjado por un artesano judío venido a menos y quemado en la hoguera, cuyo valor en el mercado excedía con creces el de sus honorarios. Se personaron en el domicilio del vampiro y procedieron al deshucio del guardián de la puerta, a quien la mueca irónica se le tornó expresión de conformidad y fatalismo, como es de rigor en cualquier Cristo que se precie.

Y todos contentos. Y el vampiro, más.

HISTERIA EJEMPLAR

Había una vez una chica que iba para monja y misionera, mas, contra todos los pronósticos, suspendió los exámenes por culpa de una Sor lesbiana que formaba parte del tribunal y a quien ella había rechazado en más de una proposición deshonestas. Sí; lo había hecho, pero no por falta de ganas, pues también a ella le picaban a veces sendas partes, sino por miedo a quedarse embarazada; tal era la exhaustividad con que se estudiaba anatomía y fisiología humana en aquel internado. Ofendida en lo más íntimo de su orgullo, decidió no volver ni aquel septiembre ni ninguno más, colgando seguidamente los hábitos. No bien hubo salido a la calle, volvió y descolgó los de fumar, beber, drogarse, frecuentar malas compañías y morderse las uñas de los pies, en un afán contorsionista-freudiano con profundas raíces en su infancia reprimida. Con el dinero que ganó honradamente realizando felaciones a anónimos camioneros en concurridos restaurantes de menú de carretera, alquiló una conocida sala de subastas y organizó el primer sorteo extraordinario de himen de novicia que se recuerda en los anales de la subastografía, al que acudieron todos los viciosos acreditados de ambos sexos que se lo pudieron permitir. Los beneficios fueron sustanciosos y la concurrencia procedente de todas las partes del mundo. El afortunado fue un acaudalado marbellí, cruce de jeque árabe y puta de lujo que, una vez consumado el acto, recuperó y dobló su inversión haciendo disecar la otrora santa membrana y revendiéndola a un psiquiatra fetichista e impotente afincado en España y nacido en Mi Buenos Aires Querido. Nuestra heroína, que en el fondo era una bonifacia de tomo y lomo, donó lo que sobró de la recaudación a las misiones, no sin antes comprarse un piso, un apartamento en la playa, un cochecito utilitario de estos que llevan un punto de mira en la parte delantera del capó y realizar algunas afortunadas inversiones en bolsa. Después se casó con su camionero favorito, un ambicioso gourmet cuyo sueño era editar una guía de restaurantes de menú casero de menos de diez euros. Pusiéronse manos a la obra, aprovechando la luna de miel, y comenzaron a viajar por todo el país.

Hasta ahora, han enviado a la redacción de estos relatos más de doscientas mil críticas culinario-restauradoras, con las cuales hemos redecorado y empapelado el despacho del jefe, un furibundo admirador del reciclaje, la sobremesa y los relatos falsos y pasados de vueltas. He dicho.

HISTERIA DEL KORNEN

Estaba una vez el cornopio de antes, que se llamaba así para no ser denunciado por plagio, en el bar Kornen (igual), garito de sobras conocido por todos los coleccionistas de sellos raros y de cogorzas varias; cuando, de repente, una duda le asaltó, amenazándole con una navaja multiusos y dejándole sin blanca. Como éstas juegan y ganan, perdió la partida que mentalmente jugaba cada día al ajedrez con el encargado del local, un rubio teutón que había perdido la documentación durante una corrida, aunque nunca aclaró de qué tipo, quedándose a vivir y trabajar en esta patria chica nuestra que tan generosa es con los indocumentados y corridos de vergüenza que me da haber escrito esto. Pero volvamos a nuestro cornopio, y es que todo lo quereis saber, recórcholis. Ante tal conspiración de acontecimientos absurdos que amenazaban con amargarle el día, optó por cambiar este último, arrancando unas cuantas páginas del calendario de su agenda y despertándose justo cuando, presa de una incurable enfermedad, iba a ser desenchufado de la máquina que mantenía sus constantes vitales. Llamó a la enfermera de planta, nombrada así porque apenas se movía, manifestándole que quería hacer testamento en favor del encargado del Kornen, antes de pasar a mejor vida. Mantuvieron una pequeña discusión sobre la conveniencia de cambiar el testamento antes o después de muerto. Y es que la mujer pertenecía a una conocida tertulia literaria que se reunía todos los viernes de luna llena, amén de discutir constantemente con su suegra, incluso antes de conocer a su marido. El pitido amenazador del fin de su vida, malgastada en disquisiciones metafísicas y compras compulsivas con la tarjeta de unos grandes almacenes, le hizo olvidarse de la maldita herencia e intentó ponerse a bien con Dios. Pero éste, que no es tonto, pues sabe más por viejo que por dios, le reclamó que cumpliera la promesa que una vez le hizo de joven, cuando acertó una quiniela, que consistía en ir a Roma a pie, parándose en cuantas iglesias románicas encontrara en el camino. El cornopio, con la constante máquina vital a cuestras, emprendió la marcha, muriendo al cabo de unos lustros a los pies de un hombre disfrazado de Papa que se paseaba por la plaza de San Pedro, en pleno sábado de Carnaval romano.

HISTERIA DE FILADELFIA

La Filadelfia Oil Corporation Ltd. habíale despedido sin contemplaciones. Era un día gris, un buen día para morir, pensaba, mientras miraba los casi cien metros de altura que lo separaban de una muerte segura, en las oscuras y frías aguas del río que pasaba por Filadelfia y que ahora no recordaba como coño se llamaba. Claro, como su padre, de profesión borracho, no le había enviado a un colegio de pago... En fin, ya era tarde para lamentaciones. Subió de un salto a la barandilla del puente, contó hasta diez y se lanzó al vacío, dejando su mente en blanco para así facilitar el encuentro con la divinidad. Mientras caía, toda su vida pasó delante de él, como una película conceptual de esas que tanto asco le daban. Justo antes del THE END, un detalle lo hizo volver a la realidad: ¡ Se había dejado la luz encendida ! Inmediatamente, su bien entrenado cuerpo entró en acción. Sus brazos adoptaron la postura del ángel, pero no para entrar al cielo, sino para preparar una zambullida aerodinámica en el agua que le daría un poco más de plazo de vida, de perra existencia de perfeccionista que no podía permitirse morir dejando cabos sueltos o interruptores encendidos. Además, ahora caía en la cuenta de que no había programado el video para grabar DUMBO, a las nueve. Y eran las ocho y media. Tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo. También debería cambiar la fecha de la carta al juez, aún con la de anteayer, cuando iba a colgarse de la cadena del water y recordó que tenía la colada tendida en la terraza comunitaria.

Decididamente, la muerte era un infierno.

HISTERIA SAGRADA

Llegó Jesús con sus discípulos a casa de Lázaro, donde todo era llanto y crujir de dientes. Su hermana la mayor, Marta, se hallaba envuelta en cortinajes, cual canelón humano relleno de mujer, que había arrancado con las uñas, presa de desesperación. Marta gritaba e hipaba sonoramente, ante el lógico enfado de los vecinos, que habían llamado ya a los centuriones de las fuerzas de ocupación. María, la menor y más histérica, dábale de cabezazos contra una estatua griega que hacía cara de no tener nada que ver con el asunto. Asimismo profería horribles juramentos y blasfemias, que había aprendido en su más tierna infancia de labios de su madre, una meretriz farisea protegida de Herodes y de toda su guardia personal. Cuando el Maestro entró en la casa, una suave y brumosa luz, como londinense, se adueñó del ambiente. Las dos mujeres y los demás familiares, que amenazaban ya con inundar de lágrimas la estancia, calmáronse de repente, como si les hubieran echado algo en la bebida. Puesto al corriente de la situación por sus guionistas Lucas, Marcos y Juan; Jesús se preparó para el milagro, cuarto ya de aquel día. Concentróse durante una hora en el jardín y, cuando creyó que sus fuerzas estaban a tope, se dirigieron todos hacia el sepulcro, situado en la parte de atrás de la casa, donde enterraban a los animales domésticos merecedores de especial cariño. Jesús cerró los ojos y abrió la boca, para decir las palabras mágicas. En ese momento apareció María Magdalena, que evidentemente no se sabía el papel, intentando por enésima vez lavarle los pies al Señor, quien, se conoce que aturdido por el inesperado ataque en sus cimientos, se hizo un lío con la frase de marras.

- ¡ Sésamo, ábrete, levántate y anda ! - dijo, no muy seguro, aunque efectivo. La tierra tembló y la gran losa que cerraba el sepulcro de Lázaro cayó hacia adelante, aplastando a María Magdalena de nariz contra la palangana. Y allí estaba el difunto, descompuesto y avanzando torpemente hacia su salvador. Mientras su mano, hecha jirones, estrechaba la de Jesús, su garganta emitió un sonido gutural que quería ser una frase de agradecimiento. Así sonó:

- ¿ El doctor Frankenstein, supongo ?

CIEN AÑOS DE HISTERIA

Damián Arrechucho Esparza tosió, presa de convulsiones, haciendo llover sangre de capón de Pascua sobre el escondido y cuasi mitológico pueblo de Parrata, aislado por una espesa muralla de vegetación en derredor desde hacía más de un siglo. Los sirvientes de la hacienda corrieron a guarecerse de la infame meteorología, pues de todos era conocido que, cuando caían gotas gordas cual esperma de ballena en los trópicos, los espíritus visitaban libremente a sus deudos, reclamando y vengando viejas afrentas ya olvidadas. Chimbamba Morales, aya de Damián y de sus diez hermanos, muertos de una indigestión de cacahuets durante la última revolución, era una negraza de recios hombros que coincidían en línea con sus ampulosas caderas, en otro tiempo escondrijo de cuanto negro, mulato, chino o blanco anduviera enfermo de deseos carnales. Era medio bruja, medio católica y conocía el lenguaje de los geranios y los petirrojos, a los que engañaba con arrullos, haciéndolos precipitarse dentro del humeante caldero que siempre hervía en el patio solariego de los Arrechucho, apellido de rancio abolengo donde los hubiere en Parrata. Toda la casa estaba de luto, esperando la muerte del amo y cacique. Incluso los fantasmas oficiales de la familia habían remitido sus constantes bromas y se limitaban a vagar, como esperando, colándose, con su triste ulular, de rendija en rendija. Al fin, en un último esfuerzo por quedarse, Damián Arrechucho se fue. La sangre que caía del cielo tornóse bilis y los charcos, aceite de ricino. El aya, desesperada, echaba pestes y conjuros diversos desde el patio, al tiempo que tiraba al caldero toda suerte de hierbas mágicas y especias exóticas, musitando extrañas palabras en olvidados idiomas de sus ancestros. Una nube negra y sólida se cernió sobre Parrata desde los cuatro puntos cardinales, cubriéndolo y devorándolo todo: hombres, animales, casas... Después, un viento huracanado sopló durante tres días y tres noches, llevándose la nube y el pueblo. Tan sólo dejó tras de sí la vegetación exuberante que un día protegió Parrata de curiosidades e influencias foráneas. Y la humedad.

En la confortable salita de su piso de Badalona el escritor-promesa releyó la página, satisfecho. Sonó el timbre. Era la cuatro estaciones motorizada que venía a premiarle por no haberse dejado ningún tópicos en el teclado de su ordenador portátil. Sus pantuflas de diseño lo llevaron hacia el portero automático. ¿ Sería tan puntual la modelo salidas-hotel-y-domicilio-tarjetas-de-crédito ?

LA HISTERIA TENIA UN PRECIO

La silueta del forastero recortábase por encima de las puertas batientes del saloon. Las empujó suavemente, dio un paso al frente y se quedó plantado allí, mirando en todas direcciones, con sus ojos, de un azul-gris glacial, refulgiendo inquisitoriamente de cara en cara. Estaba claro que buscaba a alguien. Y nadie, a juzgar por la pinta de pistolero que traía el recién llegado, querría estar en la piel de ese alguien. El forastero, que no era otro que Sam Dos pistolas Bill, buscaba a los asesinos de su hermano para cobrarse en plomo los emolumentos de la funeraria de Dodge City, la más cara del Oeste. Si al menos lo hubieran matado en Abilene, donde habían ofertas... Caminó lentamente hacia la barra, haciendo sonar sus espuelas doradas, que había ganado al póquer en una memorable partida, celebrada en la diligencia del Valle de la Muerte. El barman, un individuo gordo y traicionero, siempre presto a sacar el rifle de debajo del bidón de zarzaparrilla, le cantó los precios del local. Un dólar el whisky solo, dos dólares con información privilegiada, le dijo, ahorrándose el estúpido interrogatorio de todos conocido. El forastero asintió con un gesto, vaciando el primer vaso de un trago e impidiendo, con férrea tenaza en el brazo del tabernero, que éste guardara la botella. De un puntapié, apartó al médico, borracho, claro está, y se sentó en una solitaria mesa desde donde se dominaba todo el decrepito local. Acto seguido, vació media botella de un trago, sin dejar de vigilar a todos los parroquianos a través del cristal de la misma. Y sentóse a esperar, liando un cigarrillo de una tabaquera que había tomado prestada a un vaquero, ya cadáver, sorprendido por unos indios que buscaban, desorientados, el lugar donde meses antes habían enterrado el hacha de guerra.

De repente, el forastero abrió mucho los ojos. Se levantó a protestar porque le ardía el estómago, o a pedir bicarbonato, eso nunca se supo. Con paso vacilante, intentó llegar a la barra, mientras se vomitaba las botas nuevas con las gachas del desayuno. A las gachas, siguieron las judías de la noche anterior y así, hasta la leche que mamó del pecho de su madre. Después cayó muerto, envenenado por aquella cofradía de buitres que inmediatamente se le echaron encima, robándole cuanto llevaba, desde las espuelas hasta los dientes de oro, en una ignominiosa rapiña que acabaría con su cuerpo desnudo y colgado en algún cruce de caminos, donde se corriera rápidamente la noticia de su muerte.

Entonces, sólo habría que esperar a quien viniera a vengarle.

Corrían malos tiempos.

HISTERIA REDUNDA

Una lluvia como caída del cielo comenzó a llover. Ante tal redundancia, el escritor novel corrió a refugiarse bajo un antiguo paraguas, una de cuyas varillas sobresalía por el agujero intemporal de la negra tela contra el temporal que una guapa mujer sostenía.

Harto de huir, decidió hacer frente a la redundancia, decidido a escribir un mal relato antes que pasarse la vida corrigiendo. O sea que decidió corregirse. Y debajo de aquel paraguas, junto a la mujer, le pareció un lugar tan bueno como cualquier otro. E incluso mejor, inclusive.

- ¿ Le parece a usted bien guarecerse aquí (bajo el paraguas) o le parecería mejor que nos guareciéramos juntos en mi casa, en mi cama ? - fue el primer diálogo redundante que hizo decir a su recién creado personaje y que le sorprendió por lo fresco y natural que sonaba en labios de aquella fresca y natural mujer, que le sostenía el paraguas, la mirada y podría ser sostén, también, de su vejez. Después de envejecerla durante unos cuantos capítulos de vida ejemplar, por ejemplo y claro está.

Hicieron el amor incansablemente hasta que se cansaron. Después ella le preguntó su nombre, el nombre de ella. El nombró cincuenta nombres de carretilla y ella paró la carretilla en Miranda, mirándole fijamente con una expresión de fija súplica en la mirada. Tras el sí, Miranda se levantó e hizo café, para él y para sí.

Desde la cocina, Miranda le preguntó su nombre, el nombre de él. Qué importa el nombre si el amor es puro, díjole él mientras le decía otras barbaridades, pues no en vano era su personaje, un personaje vano y tan corto como le apeteciera a él acortar. Hasta que cortara de arranque la hoja de papel de la máquina de escribir y fuera a reunirse con las otras hojas arrancadas llenas de barbaridades vanas y personajes-Mirandas-redundas que hacían el amor incansablemente antes de cansarse y preparar café.

Su apellido sería Redunda. Miranda Redunda Valga. Un brillo de asentimiento y conformidad animó los ojos de Miranda, que siguió conformándose con lo sentido y vivido hasta ahora, en su corta vida. Y sirviendo café.

Volvieron a hacer el amor, pero esta vez él se cansó pronto. Cansado como estaba, pudo escuchar la pregunta que ella le hacía otra vez desde la cocina, donde volvía a hacer café, incansablemente, ilimitadamente, por culpa de su limitada imaginación de escritor novel y onanista solitario, creador de solitarios personajes que sólo sabían hacer el amor, café y preguntas que él no sabía, o no quería responder.

Apuró de un sorbo la página, arrancó el café, el amor, la Miranda y las preguntas sin respuesta de la máquina de escribir, y con la página se limpió los restos de semen del pantalón y de la mano. Semen que fue a parar, con la página y todo lo demás, donde estaban todas las demás, a la papelera.

Una lluvia como caída del cielo comenzó a llover. Ante la amenaza del escritor novel y pajillero, la redundancia corrió a guarecerse en un programa informático de muy difícil acceso, como no fuera accediendo dificultosamente a través de un agujero intemporal en un paraguas contra el temporal.

Y Valga, la redundancia.

HISTERIA DE UNA APUESTA

Un buen día Dios y el diablo, hartos de jugar con ventaja y de adivinar siempre los números premiados de los ciento y un mil sorteos que se realizaban en la Tierra diariamente, decidieron apostar por algo mucho más aleatorio y emocionante.

Escogieron a un humilde usurero, director de una sucursal de la Baldosa para la Vejez y de Ahorros, y se le aparecieron los dos, juntos y a la vez. "Venimos a abrir una cartilla", dijeronle, y pusieron una maleta cada uno sobre la mesa del despacho, rellena de millones de dólares en billetes nuevos y de numeración consecutiva. "Sólo hay un problema -dijo Dios- como somos seres etéreos, no podemos usar papeles ni llevarlos encima, así que no puede darnos recibos ni documentación que acredite nuestro depósito en esta sucursal. Por supuesto, confiamos en usted, sabemos que es un hombre de honor". Y dicho esto le hizo un guiño de complicidad al diablo, que asintió, como apoyando al otro en lo que acababa de manifestar.

Está claro que la apuesta consistía en comprobar la honradez de aquel individuo. Dios apostaba por ella y el diablo sostenía que, tan sólo hubieran girado sobre sus talones para irse del despacho, aquel dinero pasaría a engrosar la cuenta personal del sujeto, probablemente en otra entidad y país.

Pero, no habían aún llegado a la puerta y ésta se abrió violentamente, dando paso a un enorme individuo uniformado que les apuntaba con un peligroso laser anti-viajes astrales. Al momento comenzaron a salir otros uniformes, que habían estado camuflados en sitios tan inverosímiles como detrás del radiador, en la papelera, el pisapapeles o en una caries molar del susodicho empleado, y que contenían los temibles GEOS de Hacienda, siempre prestos a dilucidar oscuros asuntos monetarios. Rápidamente, se llevaron a los dos inmortales ludópatas a declarar a la Delegación de la esquina. Después del interrogatorio serían conducidos al manicomio más cercano, de donde escaparían gracias a un celador que todavía creía en Dios, el muy iluso.

Pregunta de la semana: ¿Quién ganó la apuesta; Dios, puesto que el hombre había cumplido su deber para con su país, o bien el diablo, que decía que lo había hecho por el succulento tanto por ciento que recibiría del total de la suma confiscada?

Las respuestas correctas participarán en el sorteo de una bula papal, tres indulgencias plenarias y el permiso, firmado de puño y letra por su Santidad el Papa Duodeno Duodécimo, para hacer el amor sin fines procreadores. ¡Suerte!

HISTERIA DE UNA BODA

Borja Jeta y Piluca Costa habían decidido casarse. Ellos eran ateos, mejor dicho, perezosos de fe, pero acordaron hacerlo por la Iglesia ante las exigencias del padre de Piluca, que había acudido a cuantas bodas de hijos de clientes y amigos le invitaran, realizando en todos ellos generosos donativos de tres ceros para arriba como mínimo. Ahora había llegado el momento de recuperar lo invertido para que a su querida y mimada hijita no le faltara de nada. Por supuesto, pensaba controlar los ingresos en cuenta corriente de todos sus deudos y ¡ay de aquel que ingresárale a su pequeña una cantidad menor que la que el donó en su día!: Todos, todos en su privilegiado círculo sabrían que aquella familia o individuo no correspondía a los favores de sus amigos los Costa, o que simplemente estaban pasando una mala temporada, cosa aun peor si cabe, pues si deshonoroso en tal ambiente era ser tacaño, peor aun era ser pobre e intentar disimularlo. Su pequeña se merecía lo mejor y eso, en la escala de valores del señor padre de Piluqui, como la llamaba su tata desde niña, equivalía a dinero. El gasto y esfuerzo que iba a realizar con el convite no era para celebrar un día inolvidable rodeado de sus amigos, no, era una inversión a nombre de su hija, recuperable con intereses el mismo día de la boda. Lo de la Iglesia era necesario porque así caía más dinero y regalos por parte de un importante sector familiar, de reconocida afinidad con el Opus Dei. Su señora esposa, la lengua más viperina al oeste del club de polo, sería la encargada de cotejar las donaciones de unos y otros invitados, así como la jefe de las maledicientes represalias, llegado el caso.

En su futura familia política las cosas tenían un aire muy diferente. Los padres de Borja, señores de Jeta, eran gente sencilla, pero que sabían vivir. Esto decían de ellos sus antiguas y ahora inexistentes amistades, que eran unos vividores. El hijo único y futuro novio, que se llamaba en realidad Jorge pero se cambió el nombre por el de Borja al conocer a la Piluqui, (Piji-luqui la llamaban en secreto durante las reuniones familiares, en que se dedicaban a hacer planes los tres sobre cómo se gastarían los cuartos de sus futuros consuegros, los *Marshall* los denominaban entre risas, por lo de *Bienvenido Mr. Marshall*), era la inversión de sus vidas. Lo habían criado para que algún día los sacara de pobres y eso estaba a punto de consumarse. Por lo demás, la boda no les costaría apenas nada, pues los familiares que hubiesen podido acudir a la celebración habían sido convenientemente sableados y esquilados hacía ya tiempo y no se hablaban con ellos. El niño había recibido la mejor educación y sabía buscarse la vida y subsistir a *Costa* (otro de sus juegos de palabras favoritos) de quien fuera. Ahora debía asegurarles a ellos, sus padres y maestros, una vejez sin sobresaltos, ni detenciones, ni acreedores; en fin, digna.

Pero durante las respectivas y obligadas despedidas de soltero estalló la tragedia: Piluqui se enamoró perdidamente de un sexiboi afro cubano de veinticinco centímetros de razones para ser infiel, mientras Borja-Jorge acababa en comisaría, acusado de violación a la chica del pastel, embriaguez y escándalo público. La boda hubo de suspenderse, los Costa cayeron en el más espantoso ridículo y tuvieron que devolver los ingresos a sus invitados, siendo expulsados del club de polo, del club de golf, y de cuantos clubes frecuentaran hasta entonces, permaneciendo en el más absoluto ostracismo por lo que respecta a todos sus conocidos. Incluso sus más piadosos familiares dejaron de llamarles y de ponerse al teléfono. A su vez, los Jeta, perseguidos por los acreedores de toda la vida, a quienes habían prometido resarcir con el dinero de los Costa, desaparecieron de la ciudad sin dejar rastro así que salió Borja de la cárcel.

Los caminos del Señor son inescrutables. Y es una lástima en este caso, puesto que Pilujo Jeta Costa, como iba a llamarse su primer hijo, está claro que no llegó a nacer nunca. Hubiera

sido un espécimen muy interesante desde el punto de vista antropológico. Veremos si en el próximo relato, lectores con aficiones científicas, teneis más suerte. Hasta siempre.

HISTERIA ESTÁTICA

No era un buen día para casi nada, y mucho menos para trabajar en la calle. No obstante, hambre obliga; y así, Inocencio Sutura, de nombre artístico Ino Clown, salió, como casi todas las tardes, a ganarse la vida en las Ramblas, haciendo "estatuas". Su sencillo atrezzo consistía en dos cajas de fruta recubiertas de papel a tono con la estatua del día, una que hacía las veces de pedestal y otra donde paseantes y mirones depositaban la calderilla.

"Mierda de tiempo", pensaba Ino, mientras soportaba, inmóvil, la fina lluvia de otoño. Menos mal que hoy se había disfrazado de "*dona del paraigües*", estatua muy conocida en Barcelona y preparada para semejante tiempesito. No obstante, muy pronto gruesos churretes compuestos de maquillaje y gotas de lluvia perdida, resbalaron por su cara, manchándole la ropa y los zapatos.

En ese momento, procedentes del barrio gótico, una clase entera de quinceañeras uniformadas en visita cultural a la ciudad Condal, le rodearon. Las chicas comenzaron a observarlo detenidamente y a discutir sobre si el actor que hacía las veces de estatua era hombre o mujer, de bien caracterizado como estaba, cosa que hizo que Ino se hinchara de satisfacción y orgullo profesional. Según pudo escuchar, la maestra se había rezagado, pues a la gorda de la clase le había venido la regla en plena visita a la catedral. Como las farmacia la abrían a las cinco y faltaban aun veinte minutos, la profesora había enviado a las niñas-sin-período a pasear por las Ramblas aproximadamente cien metros más arriba de donde se hallaba la estatua de carne. Por un momento, Ino se imaginó a la profesora fabricando una compresa de urgencia con los kleenex que toda mujer moderna, y más una profesora, lleva en su bolso, o quizás con papel higiénico procedente del lavabo de algún ventorrillo gótico de tapas y vinos. O con la propia mano, si albergaba en su alma alguna pecaminosa inclinación... Ino notó un cosquilleo en su bajo vientre, sin duda debido a los malos pensamientos e, inmediatamente, utilizó su truco favorito en estos casos: Pensar en una pared a medio construir e imaginarse a un sucio, sudoroso y feo albañil poniendo ladrillo sobre ladrillo. Una de las chicas, la menos agraciada de cara, pero indemnizada por la Madre Naturaleza con la posesión de un buen par de tetas que se adivinaban ya duras y no precisamente intocadas, notó un movimiento bajo la falda, hecho que no estaba nada bien viniendo de una estatua inanimada en presencia de señoritas. Inmediatamente, y ante la expectación de sus compañeras y del resto de curiosos que se agolpaban junto a ellas, se adelantó dos pasos hacia la estatua y le metió la mano bajo la falda, agarrándole el miembro sin contemplaciones, como si no hubiera hecho otra cosa en su corta vida, en lugar de los deberes. Seguro que era repetidora. Una vez bien sujeto, comenzó a masajearse salvajemente. Ino se hallaba en una encrucijada, pues de todos es sabido que una estatua sólo se mueve cuando alguien de entre el público echa una moneda en el cajón, y seguro que aquel día no había sido el escogido por ninguna de aquellas traviesas mujercitas para romper la hucha-cerdito. Sólo llevarían lo puesto y Dios quisiera que no se les ocurriese quitárselo.... La imagen mental de emergencia del albañil se estaba borrando, para convertirse en una voluptuosa adolescente de sonrosada ropa interior que iba colocando lentamente los ladrillos, después de pasárselos entre las piernas, usando su flujo vaginal como improvisado mortero, uno a uno, moviendo lujuriosamente las caderas, y la lengua...

Había parado de lloviznar pero los churretes, esta vez de sudor frío, continuaban cayéndole por las mejillas. Ino se rindió, por fin, a la evidencia: ya no sólo tenía henchido el orgullo. Estaba rabiosamente empalmado. Una sensación de ridículo le embargó cuando la fea de las gafas, ahora llenas de vaho, retiró su mano. La "*dona del paraigües*" tenía un bulto bajo la

falda de muy padre y señor mío, lo mismo que el cachondeo general que se había desatado en torno a ella.

Una voz potente e irritada mandó callar a todos. Era la profesora, una bigotuda cuarentona que apareció de repente, arrastrando a la menstruante gordita. Visiblemente alterada, dirigió unas palabras de disculpa a la estatua, sin osar levantar la vista del suelo ni acercarse demasiado, pues hubiera topado de boca con el bulto maldito, pasando inmediatamente al libro de oro de chismes de la escuela. Cuando hubo terminado con la retahíla de balbuceantes excusas, la mujer le echó, como último desagravio, una moneda de dos euros en la caja, dio media vuelta y se marchó, seguida a paso marcial por sus chicas.

¡Por fin! Cuando la moneda tintineó al contacto con la poca calderilla que había de antes, Ino se encogió, adoptando una postura que le permitiera escurrir el bulto -nunca mejor dicho- , pero los otros mirones, que habían aumentado considerablemente de número con el espectáculo, comenzaron a echarle moneditas para que se fuera moviendo y así disfrutar con la vista que ofrecía la entrepierna de nuestro héroe. El suplicio duró lo que tardó en bajarle la erección. Al fin el público se fue retirando, dejándole la caja llena y el alma hecha trizas. Inocencio bajó del pedestal, decidido a comprarse una coquilla de esas que usan los deportistas para protegerse de golpes los genitales. O unos calzoncillos de uralita. Lo que fuera con tal de que esto no volviera a ocurrir.

No reparó en un hombre que llevaba observándole desde que comenzó todo. Este se le acercó y le entregó una tarjeta. "Teodoro Ristra, representaciones artísticas", decía. Le rogó que le telefonara al día siguiente, que hablarían de trabajo, que clamaba al cielo que un artista de su talento tuviera que ganarse la vida miserablemente en la calle.

Y esta es la historia de cómo *Ino Clown*, más tarde el rey del Peep-show barcelonés, consiguió su primer trabajo dentro de este mundillo, cambiándose enseguida el nombre artístico por el de *Pepino Clown*, pudiendo así exhibir sus centímetros de "talento" ante público agradecido y mayor de edad, libre al fin de las crueles e infames bromas de la adolescencia y de los caprichos de la meteorología.

¡Para que luego digan que los errores de *bulto* nunca tienen un final feliz!

HISTERIA DE UNA FIESTA

Un policía nacional montado a caballo se paseaba por las inmediaciones de un campo de fútbol, vigilando posibles anomalías en el comportamiento de la hinchada. Su caballo, el cual sólo gustaba de la equitación y odiaba el balompié, se cagó en medio del parking de los abonados, quizá confundiendo el sentido de la palabra «abonado», o tal vez como muda protesta ante los sueldos multimillonarios que cobraban los jugadores y los miles de palos que recibían los árbitros. «Hecha la caca, hecha la trampa», pensó el noble animal una vez consumado el acto. Pero no contaba con el poderoso brazo de la ley que, personificado en un agente de la policía municipal encargado de vigilar parques y jardines, había observado la escatológica falta de urbanidad.

«Le he visto, le he visto, su caballo se ha cagado...», dijole al nacional, con voz y cantinela de niño acusica marranica se lo voy a decir a la maestra. El otro, desde su imponente altura jerezana, le echó una mirada, mezcla de desprecio y furor. Ante tal falta de arrepentimiento, el vigilante de la hierba decidió tomar medidas drásticas. Sacó un metro del bolsillo y midió el diámetro del grandioso excremento, todavía caliente y con briznas de paja mal digerida que le salían por aquí y allá. Acto seguido, consultó la tabla de sanciones plastificada que usaba como chuleta, pues su memoria andaba un pelín estropeada desde que le cambiaron el turno y no podía asistir a clases de yoga. Vaya, hoy iba a batir el récord de multa gorda, su mujer estaría orgullosa si no fuera porque le había abandonado justo después de la noche de bodas. Y arrancó y alargó al otro una hoja del talonario de multas, con el importe de la sanción. El jinete ni siquiera la miró, con un gesto mil veces ensayado pasó la hoja de papel por debajo de la cola del caballo, donde ésta pierde su nombre y cambia sus vocales, varias veces. Después, la tiró al suelo, despectivamente. El caballo relinchó, agradecido. El vigilante retrocedió, ofendido. El nacional sonrió, divertido. Un hombre vestido de mujer que pasaba por allí hizo un gesto, travestido. Ni corto ni perezoso, el municipal recogió la multa marrón y comenzó a fregar la reluciente bota de montar del otro, mientras silbaba una conocida melodía en honor de la caballería. El nacional comenzó a echar por la boca sapos, culebras y galantes piropos dirigidos a los muertos del municipal, curiosamente también montados a caballo. Aquel, impertérrito, apuntaba en su talonario incansablemente; escándalo público, insultos a la autoridad, botas sucias estando de servicio, le iban a meter un puro a aquel fante... Cerró su libreta y se encaminó al coche patrulla, para cursar la denuncia correspondiente por radio. Cuando se hallaba en mitad de un paso de peatones, el del caballo lo alcanzó, con un gracioso trotecillo, y le cerró el paso. Se enzarzaron en una discusión a gritos. El semáforo de peatones se puso rojo y el de vehículos, verde. Los coches de atrás comenzaron a emitir bocinazos. Los de delante aplaudían, de bien que se lo estaban pasando. La autoridad seguía discutiendo. En esto, un guardia civil de tráfico apareció, con gallarda apostura y postura forzada, pues era muy bajito y casi no llegaba a los pedales de la moto. Aparcó delante de ellos, en el paso de peatones. Sin inmutarse, como si cada día tuviera que intervenir en conflictos de este tipo, se quitó el casco, lo puso en el suelo a modo de caballete para subir y bajar, así no se rozaba las partes con el sillín de la moto, gastado por las inclemencias del tiempo y las muchas horas de servicio. Y se dirigió hacia la disputa. A buena hora, pues ya se les acababan a ambos contendientes los insultos y familiares que mentarse. Una ovación le acompañó desde los vehículos; los conductores de atrás y de delante estaban sentados en el suelo. Habían dejado los coches con los intermitentes de avería encendidos y alguien había ido a buscar cervezas y bocadillos, que consumían mientras contemplaban el gratificante espectáculo. Una bota de vino corría de garganta en garganta, hasta que un hombre, operado de la misma, se echó el chorro directamente por el altavoz, instalado justo encima de la tráquea. Suerte

que tenía un cigarrillo encendido en el agujero y todo se arregló con unas toses y unas palmadas en la espalda.

«A vé, señore, ¿qué coño está pasando aquí?» - dijo el *picoletto*, con sus mejores modales de academia militar. El *madero* y el *monillo* intentaron explicarle su versión de los hechos. Hecho, valga la redundancia, poco menos que imposible, dado que ambos hablaban a la vez, pero no a coro. El uno preguntando y los otros dos intentando llevar la razón, pronto fueron tres los besugos que dialogaban a gritos. Entretanto, algún bromista había llamado a la policía antidisturbios, denunciando una manifestación no autorizada, con cortes de tráfico incluidos. Cuando llegó la brigada y vieron que el corte de tráfico era totalmente voluntario, ya que los propios automovilistas estaban sentados en la calzada y merendando cual romería de primavera, la mayoría volvieron a sus cuarteles, tristes y presas de un enorme vacío existencial, por no haberle podido pegar a nadie. Pero unos cuantos, los que tenían conciencia de clase, o pertenecían a algún sindicato, o simplemente les iba la *marcha*, se unieron a la reunión, manifestando sus quejas y reivindicaciones, desahogándose por medio del «diálogo de sordos hablando a la vez», terapia que más adelante se emplearía constantemente en los medios de comunicación más importantes del país (pero eso es otra historia). Hubo un momento en que alguien, no se sabe quién, hizo un porro solidario que circuló entre los asistentes, modificando el tono de las diferentes discusiones que se entremezclaban. Avisados por el travieso chivato de antes, los de estupefacientes hicieron su aparición, descubriendo en segundos el porro en cuestión, de mala calidad, y sustituyéndolo por un *chocolate* recién llegado del *moro* que el sargento llevaba escondido en el collar del perro rastreador.

El ejército y los espectadores del partido, que acababa de finalizar con victoria del equipo local, llegaron al mismo tiempo. Los militares, en su mayoría aficionados al fútbol, intercambiaban cetmes y granadas de mano por banderines y pancartas con los hinchas. Un grupo sudamericano que subsistía tocando en la calle, se arrancó por «El cóndor pasa».

La noche les sorprendió a todos con las manos entrelazadas, unos con otros, civiles y militares, policías y ladrones, automovilistas y peatones, cantando el «Amigos para siempre» con voces desafinadas por el vino y la emoción. Se despidieron todos con la promesa de acudir dentro de un año, el mismo día y a la misma hora, para celebrar la Segunda Fiesta Improvisada de la historia. La cosa empezaría, al año siguiente, directamente en el paso de peatones, donde el guardia civil multaría al automovilista de la bota de vino por echar un gargajo en el suelo. Esa sería la señal.

¡Ah! Y cada uno debía traer por lo menos a dos amigos, uno de ellos mujer.

HISTERIA BELICA.

El fragor de la batalla habíase alejado, en busca de cuerpos con un hálito de vida que quitar, pues los que quedaban en aquella trinchera estaban muertos a montones. De debajo del más grande de estos montones emergieron lentamente, por este orden, una mano, un brazo y la cabeza del soldado Jim Smith, de la gloriosa Infantería de Marina de los Estados Unidos de América. No era precisamente de gloria de lo que se había cubierto nuestro hombre, sino de sangre de sus compañeros muertos - que se había embadurnado convenientemente para hacerse el ídem, de cintura para arriba - y de mierda suya, suya propia, cagada por él, del miedo que había pasado, de cintura para abajo. Deslumbrado por el sol, buscó a tientas el cadáver de un chico de Illinois que gastaba su misma talla en pantalones y pronto lo reconoció, aunque le faltara el tronco entero, porque llevaba, como siempre en vida, la bragueta abierta. Se cambió de pantalones, limpiándose bien el culo con una piedra de la destrozada trinchera. "Como cuando era boy-scout", pensó. La sangre no se la limpió, por si hubiera que hacerse el muerto otra vez. Un absurdo recuerdo infantil, - de cuando no lograba hacerse «el muerto» en la piscina del colegio y la monitora aquella de las tetas, Miss Daisy, le tocaba el silbato, una y otra vez, obligándole a flotar y a tragar agua hasta que aprendiera - le asaltó, logrando arrancarle una sonrisa. Ahora estaría orgullosa de él.

No, nadie estaría orgulloso de él. Se había comportado deleznablemente. Había visto morir a todos sus compañeros como héroes y habíales sobrevivido como un cobarde. ¿Y qué culpa tenía si Dios le había distinguido con tamaño apego a la vida? ¿Y el tan pregonado instinto de supervivencia que tenía el hombre, bla, bla, bla,...? Pues eso había sido. *Y no más*, como decía Pérez, el mejicano que yacía en lo alto del montón, atravesado por una bayoneta enemiga, una bayoneta comunista. Porque eso es lo que habían venido a hacer a aquel país lejano, a matar comunistas y a acostarse con sumisas mujeres asiáticas. No le parecía mal esto último, pero en cuanto a lo de los comunistas... Diablos, él preferiría ser comunista que fiambre. Preferiría ser cualquier cosa antes que caído por la patria, incluso bailarina de claqué. Además, ¿qué coño quería decir eso de la patria, y la bandera, y la propiedad privada, y los valores occidentales? Sin vida para disfrutarlos... Si aquellos malditos amarillos querían repartirse sus propiedades y vivir en comunas, allá ellos, después de todo, él había sido hippie, allá en la universidad. Podía entenderlo. Incluso les daría las suyas, de propiedades, con tal de seguir vivo. Pero esto, esto..., pensó, mirando en derredor el desolador panorama,... esto no servía absolutamente para nada, era una farsa, aquel uniforme era una farsa, el honor militar era una farsa, la guerra era una farsa. Y la paz, también, pues... ¿No era durante la paz que se gestaban las guerras? ¿Qué había venido a defender él allí? ¿Qué valores eran los que él tenía, propios, que le salieran de dentro, no los adquiridos en los libros y discursos encendidos de mentores lo suficientemente viejos como para no ser movilizados? Y se dio cuenta, por primera vez en su vida, que lo que más le gustaba era comer, tomar copas con los amigos, - los que escogiera él, no los impuestos por la suerte y el reclutamiento - y hacer el amor, y leer... Y podía prescindir de esto último, de aquellas lecturas que estuvieran prohibidas por regímenes no tan «libres» como el americano, con tal de conservar la vida. Todo lo demás se hacía igual en todas partes, le constaba. Y también le constaba que las ideas elevadas eran patrimonio de unos pocos, como casi todo, y que estaban muy bien, siempre y cuando no sirvieran para enviar a la muerte a otros que no las compartían o ni siquiera conocían, en su cotidiana sencillez de seres humanos que querían vivir el tiempo que les tocara, sin forzar el final. Seres humanos que preferían, como él, mil veces una lápida a los ochenta a una medalla y una inscripción a los veinte en un multitudinario monumento a los caídos por la puta patria

aquella, que no existía sino en la mente y la demagogia de aquellos que ganábanse la vida con su muerte y la de sus compañeros.

Mientras iba pensando todo esto, Jim Smith iba tomando notas. Después, se desnudó completamente y, con la cadenilla de su chapa de identificación, se ató las notas al pene y echó a andar en dirección a sus líneas. Llegado al campamento, se subió encima de una caja de municiones y comenzó a soltar una larga y furibunda diatriba nudista-antibelicista que hubiera sido tremendamente corrosiva para la moral de las tropas si éstas no se hubieran encontrado en ese momento contemplando un atrevido espectáculo de variedades. Jim fue licenciado con todos los honores y enviado a un sanatorio mental en Massachusets, donde no recuperó la cordura hasta justo el día en que terminó la guerra de Vietnam, histórica jornada que celebró escapándose del manicomio y enrolándose en una compañía de teatro ambulante, en la que interpretó el papel de la calavera Yorick en una parodia sobre el monólogo de Hamlet que alcanzó fama comarcal. Sus pacifistas notas, desprendidas de su soporte en la primera ducha fría que le dieron, allá en el cuartel general del Enésimo Ejército, llegaron hasta el mismísimo general MacArthur, quien se las regaló a una concubina filipina, como prenda y promesa de que volvería.

Sólo que esta vez no cumplió su palabra.

Y es que nunca segundas vueltas fueron buenas.

HISTERIA ADOPTIVA

Pirula, una bruja vegetariana, miraba con ojos empañados y rezumantes de colirio a un bebé que acababa de robar en el plató de la agencia de publicidad, durante un descanso en el rodaje de un spot de alimentos infantiles deshidratados y alcalinos. La bruja lloraba de rabia y de asco, pues mandaba la tradición comerse un bebé todos los años la noche de San Juan, verbena para los mortales mediterráneos, y no tenía ni puta gana de acabar el aquelarre deglutiendo algo tan indigesto. Hasta ahora habíase escaqueado de tan insana costumbre usando un mágico sortilegio que encontró en un manual de brujería macrobiótica del siglo XV, consistente en convertir la apariencia vegetal de varias calabazas - cosidas entre sí - en apariencia humana, conservando todas las características gustativas de la calabaza asada, uno de los manjares preferidos de nuestra amiga. Pero el conjuro no podía hacerse ya, por la manipulación genética a que habían sido sometidas todas las especies de calabazas existentes en la Tierra, que ahora servían como objetos de adorno, valiosísimos, en las naves espaciales que realizaban periódicamente la circunvalación de la Vía Láctea.

Su estómago estaba habituado a la fibra vegetal e iba de vientre como un reloj, montada en su escoba, repartiendo excrementos por los campos de cultivo cual maná-de-mierda-que-cae-del-cielo. Y es que era muy ecológica ella. Comerse aquel bebé que no cesaba de repetir la palabra *Ajo* (recordándole su hortaliza favorita, ahora extinguida y sustituida por las píldoras ALI-OLI de la empresa Juanola, líder en ventas desde mediados del siglo veintiuno), le iba a provocar un estreñimiento que le duraría semanas, eso si no lo vomitaba en plena celebración, con el descrédito que eso le supondría ante la Congregación Sideral de Brujas y Magos.

Ante tal dilema, decidió pedir consejo prestado a su hada madrina. Adoptó la posición correcta (fetal-cuclillas) y pronunció las palabras de mágica convocatoria, que sonaban todas iguales, acabadas en -ada : - "De la nada inigualada sea escuchada la llamada de tu ahijada. Ven, pues eres convocada, hada." - Ipso-facto, unas letras a modo de respuesta, dibujadas en el espacio con polvo de estrellas, aparecieron y se desintegraron inmediatamente: «Búscate la vida, ahijada, me tienes harta.», decían. Pirula no se arredró. Convocó, por este orden, al ángel de la guarda, mas estaba de maniobras en el limbo, a Fray Escoba, patrón de las brujas, que se lavó las manos en el asunto, enturbiándolo aun más, al genio de la lámpara, que le debía un abrillantador y un trapo desde hacía por lo menos mil y una noches; ni siquiera se dio por aludido (su contestador automático dijo algo así como que dejara los tres deseos grabados, que ya se pondría en contacto con ella). Su amiga la bruja de la casa de caramelo, muy viejecita ya y sin dientes, se ofreció para ayudarla a comer las partes blandas del bebé. Pirula, con lágrimas en los ojos ante tal gesto de amistad imperecedera, dióle las gracias y cortó la comunicación, tapando el fuego con la manta india. Y abandonóse a las lágrimas del todo, en una pataleta digna de tamaña injusticia, la más grande desde que la Bella Durmiente del Bosque escapara al justo castigo, - impuesto por una compañera de clase de Pirula, la bruja Maruja - por obra y gracia del lascivo beso que le dio un aburrido príncipe hermafrodita que andaba por allí, espiando el apareamiento de las lagartijas.

Mientras tanto, el bebé, ignorante de su destino o tal vez feliz por saberse a punto de entrar a formar parte de la cadena alimenticia de especie tan superior como la de las brujas, reía y pataleaba, contento y fresquito, retozando en la hierba, sin pañal y soltando chorritos de pis entre risita y risita. «¡Angué, Angueeeé!», decíale, víctima de un precoz síndrome de Estocolmo, a su secuestradora. Como ésta, en plena depresión, no le hacía caso, comenzó a berrear más fuerte: «¡Ueeeeeeeh, Ueeeeeeeh!», lo cual significaba: «¡No quiero creceeeer, no quiero creceeeeeer...!» Para entretenerle, Pirula creó una imagen virtual y tridimensional en el espacio, poniéndole varios capítulos seguidos de «*Embrujada*». Al tercero, el bebé tocóse la nariz, cual

mando a distancia, y cambió la proyección por un episodio de la familia Simpson, aplaudiendo alegremente con sus manitas gordezuelas.

Pirula quedóse «escobadifusa». ¡Era un bebé-brujo! Una oleada de ternura la inundó y a punto estuvo de hundirla. ¡Que se fueran al diablo los componentes y organizadores de aquelarres! Ella tenía mucho trabajo ahora; debía alimentar, vestir, educar al *rorro*... ¡Y encontrarle una escobilla! Sí, la del WC de la agencia de publicidad serviría, con unos cuantos pases mágicos volaría como la primera.

Y así nació la primera bruja adoptiva de la historia, la piedra angular de un sistema de reproducción que tantos presidentes de gobierno, banqueros y célebres miembros de otras insignes profesiones daría en el futuro. Suerte que todos nosotros ya habíamos muerto, que si no...

HISTERIA DE UNA OFERTA

Un buen día, en el aparador de la funeraria de una pequeña ciudad de provincias, no precisamente distinguida por la cordura de sus habitantes, alguien ha colgado un cartel que dice así: "HOY LUNES 21. OFERTA ESPECIAL. ENTIERRE DOS POR EL PRECIO DE UNO".

Poco a poco, uno a uno, los interesados en el servicio abandonan sus casas y se dirigen a la "tienda". Es un día claro, soleado, un buen día para morir, o para ser enterrado. Los afectados, que no lo parecen demasiado, todo sea dicho, van llegando con su siniestra mercancía y van formando una ordenada cola ante la puerta. En su vestimenta y, sobre todo, en el medio de transporte de los difuntos, se refleja claramente su condición social.

La provinciana aristocracia venida a menos se distingue por sus ataúdes de caoba, capellán particular y las miradas de desprecio con que obsequian a los demás. Algunos incluso se dirigen, oh concesión al barroquismo, en coche de caballos enjaezados al lugar del último maquillaje.

El segundo grupo, los "quiero y no puedo", gastan féretro de pino, color caoba, eso sí, y algunos han hecho un esfuerzo económico contratando a algún vecino en paro para ayudarles a llevar la caja a hombros, como mandan los rituales, tan antiguos como la misma ciudad. También miran por encima del hombro, del que tienen libre, a los del tercer grupo en el escalafón social.

Estos, la clase obrera y popular, de eminente sentido práctico, transportan a sus muertos en bolsas de plástico con doble fondo, acolchadas, de las que se usan en los supermercados para transportar los alimentos congelados. De alguna bolsa mal cerrada escapa un humillo sospechoso y maloliente. Pero son las menos.

Hay un último grupo, totalmente separado de los demás, y por lo que parece, marginado por todos, que llevan los restos mortales de sus parientes sin congelar, en sacos o bolsas de plástico normales. Estas personas pueden distinguirse fácilmente por la máscara anti-gas, que llevan para defenderse de los vapores putrefactos que suelta la mercancía contenida en tan humildes envases.

Notas de color, protagonizadas por diversos integrantes de los grupos, entretienen la espera de la incipiente multitud que forma la cola. Por ejemplo; una señora, aún de buen ver, que arrastra a un anciano, vivo, en una silla de ruedas decrepita. En las rodillas del viejo reposa, nunca mejor dicho, una bolsa con los restos de la esposa del inválido. A las preguntas de los curiosos, la mujer contesta, amablemente, que espera de un momento a otro el óbito del abuelo, por otra parte ya deshauciado hace meses. Ella confía a ciegas en la cooperación del anciano, famoso en vida por su sentido del ahorro, rayando la tacañería.

Una ambulancia se detiene, con un chirrido de frenos en mal estado, frente a la cola. De su parte trasera desciende un señor, en el pleno sentido de la palabra. Hace un signo, con autoridad, a dos camilleros que han bajado de la parte delantera. Estos, obedeciendo, extraen dos camillas del coche: una, con un cuerpo embozado, evidentemente muerto, y la otra, con otro cuerpo conectado a un montón de cables que proceden del interior del vehículo, evidentemente vivo. Este último sufre una erección brutalmente manifiesta a través de la sábana que le cubre. A otro signo del propietario de los cuerpos, el camillero de más edad y menor graduación, arranca de un tirón los

cables, procediendo así a una eutanasia que podríamos llamar mercantil o económica. El hombre pasa a mejor vida o quizás a mucho mejor, en su caso, con un leve estremecimiento. Tan sólo la fuerte erección, que será eterna - cuántos quisieran -, recuerda su reciente pasado. Finalizado el trabajo, el señor en el pleno sentido de la palabra da unas monedas al camillero homicida y despide la ambulancia, que parte, presurosa, a proseguir con su macabra misión.

Una mujer irrumpe en la escena. Lleva un carrito de hipermercado con sus dos correspondientes difuntos embolsados dentro y envasados al vacío, fruto indudable de su fidelidad de compra a su establecimiento habitual. La mujer ocupa su lugar en la cola y, con el desparpajo habitual del ama de casa con raíces en la noche de los tiempos, pide al caballero que tiene delante, un hombre de aspecto ceremonioso y traje elegante y oscuro, que lleva dos urnas repletas de cenizas mortuorias, una en cada mano, si por favor le puede guardar la tanda y vigilarle el carrito, pues tiene un compromiso esa misma noche en su casa; vienen unos amigos de su difunto marido a cenar y debe ir a la carnicería a comprar unas vísceras que le faltan para el guisado. El hombre asiente, comprensivamente, y le dice que hace bien, que tiene que pensar en el futuro, que aún está de buen ver, quien sabe si alguno de los que vienen a cenar y ella... En fin, que vaya tranquila, cosa que la mujer hace no sin antes intercambiar una pícaro mirada con el caballero, que promete un conocimiento más profundo entre ellos al volver de la compra. A lo mejor será invitado a la cena, incluso. Y es que el amor no entiende de situaciones, circunstancias ni ofertas especiales.

Un revuelo se organiza en la cola. Dos mujeres, de la clase obrera, claro, - comenta un "quiero y no puedo" - discuten acaloradamente. Una acusa a la otra de haberle sustraído una de las dos bolsas, precisamente la que contenía a su consorte, finado anteayer. La presunta acusada llegó a la cola con sólo una bolsa y dispuesta a birlar la que le faltaba para aprovechar la oferta. Pero, como se verá, sus dos puntos débiles son la honradez y las matemáticas, y no precisamente por este orden. Niega los cargos y comienza a insultar a la acusadora, que llora desconsoladamente, aferrada al único cadáver que le queda. Un corro de curiosos que comentan la jugada sin tomar partido, como todo curioso homologado que se precie, rodea a las dos mujeres. En un arranque de desesperación, la ofendida saca de la bolsa de la disputa la cabeza del muerto y, agarrándola por los pelos, comienza a gritar: "Es mi Pepe, es mi Pepe". La otra, ni corta ni perezosa, agarra a su vez una oreja y estira de ella con todas sus fuerzas, gritando, en el mismo tono y volumen de voz: "Es mi Paco, es mi Paco".

La disputa está llegando a un punto muerto, valga la redundancia y, en ese momento, a los acordes de una música de marcha que alguien, socarronamente, ha puesto en su transistor, llega la fuerza pública. No es cuestión de puntualidad, ni de oportunidad, sino más bien de oportunismo. Enterado de la oferta, el comisario ha decidido vaciar el frigorífico de la comisaría, lleno de cadáveres debido a los disturbios, la agitada situación política de los últimos tiempos y, sobre todo, a las detenciones e interrogatorios producidos por ésta.

Haciéndose cargo rápidamente de la situación, con profesional entereza, el comisario dirige unas preguntas a la acusada, que se halla en evidente estado de enajenación mental, blandiendo la oreja de Paco-Pepe, que se ha desprendido de su soporte habitual, e insultando groseramente a la otra con palabras demasiado soeces para ser reproducidas en tan delicado relato.

El policía, viendo que las buenas palabras sirven de bien poco en este caso, opta por aplicar un método expeditivo: decide cagarse en los muertos de la mujer, expresión poco afortunada, pero que da resultado, pues la presunta ladrona de cuerpos contesta descaradamente al comisario que puede seguirse cagando en sus muertos, que le da igual, pues no son suyos, descubriéndose así el pastel. El policía dirige una mirada circular, triunfal, a la multitud y se dispone a hacer justicia, ante la admiración general. Saca lentamente su arma reglamentaria y dispara dos veces a la cabeza de la cleptómana. Siguiendo con la grandeza ejemplar que debe acompañar a la autoridad en casos de justicia popular como el que aquí nos ocupa, hace generosa donación de los tres cuerpos a la afectada que, sumados al que ya tiene, le dan derecho a premio, a escoger entre un collar de dientes de leche de antiguos clientes de la funeraria (el collar del Ratón Pérez, vulgarmente llamado) o una participación en cuatro timbas de ruleta rusa que se celebran los miércoles por la noche en el tanatorio. Esto último lo comentan entre sí dos envidiosos muchachos que se hallan en el corro. La multitud estalla en aplausos y vítores dedicados al comisario, el cual, acostumbrado sin duda al fervor del populacho, no da mayor importancia al hecho, aunque sí aprovecha para ponerse el primero en la cola (no puede perder tiempo, tiene cosas que hacer, hay que llenar el frigorífico con vistas a la oferta del mes que viene), justo frente a la puerta del hoy tan solicitado establecimiento.

El es el primero, por tanto, al que se le cambia la cara al ver el rótulo en el cristal, colgado por una mano invisible, que acaba de sustituir al anterior. Se impone un silencio general, mezclado con una sensación de estupor, de futilidad, de desperdicio de fúnebres esfuerzos.

El nuevo cartel reza así: "CERRADO POR DEFUNCIÓN DEL DUEÑO".

HISTERIA PIRATA

María de la Mar Salada nació en el prostíbulo de un pequeño pueblecito de la Costa Brava de cuyo nombre quiero y puedo acordarme pero no desvelar en este escrito, pues sus habitantes actuales, dedicados todos al noble arte de esquilmar al turista eurocomunitario o piratería legal, no quieren ni oír hablar de su famosa antepasada ni reconocerla como tal.

Nuestra heroína era hija de la madame de mayor renombre en todo el mar Mediterráneo. El título de padre lo ostentaban por igual los componentes de un coro de habaneras que acostábanse hoy sí y mañana también con su digna madre. Esta, hija bastarda de un noble señor, abandonada en la puerta de un convento y puta por capricho del destino (la habían echado del noviciado de las Carmelitas Marinas), era persona culta y cosmopolita, hacía el amor en todos los idiomas y su filosofía de la vida equivalía a la de *tanto tienes, tanto vales*, que aprendió de las monjitas, junto con lo de tener una *rachola* que se movía ligeramente en su habitación, donde almacenaba los dineros que tan sufridamente ganaba comerciando con su cuerpo y con los de sus pupilas. Quería para su única hija un porvenir mucho mejor que el suyo: un ventajoso matrimonio con un heredero de la capital, para poder ella retirarse y gozar de sus nietos a una casita tierra adentro, donde tendría un huertecito, y un jardín... Pero nada más lejos de los deseos de la niña: Desde muy temprana edad ésta creció escuchando aventuras de piratas y corsarios, relatados por lobos de mar borrachos de ron y sedientos de sexo, que acudían a la casa después de haber permanecido en el mar durante meses, resignados a los forzosos consuelos de la masturbación y el grumetesexualismo.

Estas influencias manifestáronse rápidamente en el ánimo de la chiquilla: María de la Mar Salada quería ser pirata. Su madre soltó una enorme risotada cuando oyó de sus labios tamaño despropósito, lastimando la frágil sensibilidad de la pequeña. Pero donde las dan, las toman, y así, el mismo día que la niña hizo diecisiete años, tomó cumplida venganza de las burlas de su progenitora: perdió su virginidad a manos de un ebrio contraamaestre que hubiera podido ser su padre, en el sentido literal de la expresión.

Los planes de un honroso casamiento de blanco se habían difuminado. En señal de duelo por la muerte de los sueños de su propietaria, el local permaneció cerrado durante dos días, inclusive se apagó el farolillo rojo que, a guisa de faro, atraía a los marineros hacia allí. Cuando volvióse a abrir, una nueva y joven prostituta se contaba entre las filas del personal de la casa. Como castigo a su imprudente acción, María de la Mar Salada empezaría desde abajo (las habitaciones de la planta de abajo eran las más baratas y sucias) su aprendizaje de la profesión más antigua del mundo. Pero eso no le arredró en absoluto, pues estaba de Dios que sus neuronas sólo respondían a estímulos tales como los relatos de abordajes, tesoros enterrados, mapas ininteligibles, etc.

Debió ser por eso que, una semana después de estas nuevas disposiciones laborales, la mamá de Mari-Mar - en adelante la llamaremos así - volvió del mercado, encontrándose la casa vacía y revuelta, como si hubieran entrado ladrones o recaudadores de impuestos. Encima de la mesa de la cocina encontró esta nota:

"Querida mamá, - comenzaba - Ante la indiferencia que has mostrado siempre por la única vocación que puede dar algún sentido a mi vida; ser pirata, he decidido emprender tan bonita profesión por mi cuenta y riesgo. Me he autonombrado capitana y he convencido a las otras para que formen parte de mi tripulación. Esto último ha sido más mérito tuyo que mío, por el mal trato y peor pago que les dabas a las pobres. También debo agradecerte el haber ahorrado tanto durante tantos años. Tales dineros han servido para comprar un barco, con el que nos dedicaremos a tan

noble oficio. En cuanto a ti, sé que sabrás salir del paso. Y si no, siempre te queda el recurso de volver con las monjas. Hasta nunca...»

La mujer no pudo leer más, desparramada en el suelo de lo que hasta ahora había sido un floreciente negocio de alterne marinerero, pues se había desmayado y entrado en un coma profundo, del que sólo saldría a intervalos muy cortos, en los que gritaba, desafortunadamente, toda clase de juramentos y maldiciones, mezclados con el nombre de su hija y la palabra *rachola*, para escándalo de las monjitas, que tan generosamente cuidaron de ella hasta el fin de sus días.

Mientras, Mari-Mar se hizo a la ídem con sus compañeras ex-furcias. Después de mucho discurrir, acordaron ponerle de nombre al bajel "*Burdel de los mares*" y, como bandera, adoptaron una sonriente calavera que, en lugar de dos tibias cruzadas, lucía dos piernas de mujer con sus respectivas medias y ligas, cosa que les fue muy bien, pues despistaba a sus confiadas víctimas y disimulaba su oficio ante los buques de guerra que hubieran podido darles algún disgusto. La técnica de asalto era enormemente efectiva: Se acercaban al barco escogido como presa y se colocaban en paralelo. Cuando los marineros veían a todas aquellas mujeres ligeritas de ropa, tomando el sol en cubierta y mirándoles con los ojos tiernos, ellos mismos abordaban al "*Burdel*", ahorrándoles a ellas buena parte del trabajo. Aquella noche se celebraba una gran orgía donde todo estaba permitido. Cuando el sueño vencía a los confiados huéspedes, éstos eran atados y desprovistos de cuanto poseían por las mismas que tan amorosamente les cuidaran no hacía ni horas. Una patrulla de zorras-corsarias invadía entonces el barco de los invitados, en el cual normalmente no quedaba ni el gato, vaciando las bodegas y trasladando las mercancías al "*Burdel*". Los asaltados se despertaban al día siguiente, pobres, pero satisfechos con la bacanal de la noche anterior, oasis de diversión en el largo desierto de las travesías intercontinentales.

Esta forma incruenta de piratería pronto se hizo famosa en el Mediterráneo y todas las tripulaciones deseaban encontrarse con el "*Burdel*" para ser atacados por éste. En más de una ocasión algún capitán había intentado huir de las piratas, llegando a provocar un serio motín entre sus hombres. También se dio el caso de que, estando las mujeres atareadas con una presa, haber dos más describiendo círculos alrededor, a la espera de su turno. Todos seguían la comedia como si nunca hubieran oído hablar del barco pirata. Inclusive algunos, una vez asaltados, corrían a puerto para volver a cargar riquezas que nunca llegarían a su destino, pues ya se las arreglaban para tornarse a cruzar en el camino de Mari-Mar y sus secuaces.

Mari-Mar se reveló como una hábil estratega. Reclutaba prostitutas en todos los puertos en los que fondeaba y, si no las consideraba lo suficientemente duchos en su oficio, las sometía a un duro cursillo de adiestramiento en su cuartel general, una calita en la Costa Brava que había comprado a un noble francés por cuatro cuartos y dos revolcones, en la cual, con el tiempo, formó una comunidad que nada tenía que envidiarle a la famosa Isla de la Tortuga, refugio de los piratas caribeños. Allí permanecían a buen recaudo los rehenes que tomaban de los barcos asaltados, mientras esperaban que sus familiares pagaran el rescate. Muy a menudo ocurría que éstos no querían saber nada del tema del pago y daban por muerto al prisionero, ahorrándose sus buenos dineros y cobrando la herencia de paso. Estos individuos no rescatados quedábanse, por fuerza, a vivir en la isla - pues se hubiera dado muy mala imagen de cara a futuros negocios si se les hubiera soltado sin el previo pago del rescate exigido - y pasaban a formar parte de una brigada de cortesanos para uso y disfrute de las corsarias, que de todo tiene que haber ratos en la vida, por lo que a los secuestrados muy pronto se les pasaban las añoranzas de su vida anterior; tenían comida, cama y sexo variado y gratuito. ¿Qué más se podía pedir? Los servicios que necesitaba esta orbe, los mínimos, eran atendidos por estos hombres y por las mujeres que quedábanse embarazadas en alguna batalla de las muchas que sostenían por todo lo largo y ancho del Mar

Mediterráneo. Las que preferían quedarse en tierra educando a los niños, ejercían a su vez de instructoras de las novatas recién reclutadas y así se cerraba el círculo.

Pero dejemos por un momento a Mari-Mar y a su creciente imperio para trasladarnos a conocer a otro personaje que tendrá un peso específico importante en el desenlace de esta historia.

Jordi Peti Metre, marqués de la Miasma, era un joven cuyo padre murió de unas fiebres que los médicos diagnosticaron como "fiebres del disgusto". Resulta que el anciano aristócrata era hermanastro por parte de padre de la mamá de Mari-Mar y, aunque avergonzado por las actividades de ésta, en el fondo la quería como a una hermana, además de usar frecuentemente sus servicios como alcahueta, pues su mujer, la madre de Jordi, de tan beata y meapilas que era, no estaba dispuesta a yacer con él si no era para procrear, y siempre a través del camisón agujereado que se usaba en aquellos tiempos como ahuyentador de las tentaciones de la carne. Ambos hermanastros habían sellado un acuerdo secreto para lavar el honor de la familia. Sus respectivos hijos, Jordi y Mari-Mar, se casarían cuando llegaran ambos a la mayoría de edad, abandonando la hermana seguidamente su profesión y retirándose a una casita de campo que el marqués le cedería gustosamente. Lo que sucedió en el prostíbulo dio al traste con las ilusiones de ambos y todo ello, juntado al estado comatoso de la madre de Mari-Mar, fue demasiado para el débil corazón del marqués, que sucumbió en cuestión de días, dejándole una carta explicativa a su hijo con todos los pormenores del asunto.

Por si fuera poco, el negocio que sustentaba a la noble familia era el comercio marítimo con Italia y otros puertos del Mediterráneo. Bien pronto sus barcos comenzaron a sufrir los ataques de Mari-Mar y sus corsarias, razón de más para que Jordi odiara con toda su alma a su prima, a la que no conocía, e hiciera todo lo humanamente posible para darle caza, llegando a obsesionarse con esta idea. Tres veces había fletado barcos armados hasta los dientes, con los individuos de peor calaña y reputación que encontrarse pudiera. Fue inútil; sucumbieron todos a los encantos de las mujeres. La empresa familiar estaba al borde de la bancarrota y él no podía dormir de pensar en aquella maldita que, una tras otra, iba dejando en paños menores a sus naves.

Un buen día, su ayuda de cámara, un afeminado individuo secretamente enamorado de él, le dijo, al verlo torturado por el odio:

- Ya le daría yo a esa guarra, ya. ¡Connmigo tendría que topar! -

A Jordi se le hizo la luz. Una genial idea le cruzó por la mente. Alborozado, abrazó al sorprendido ayuda de cámara, gritando de alegría y apretándole muy fuerte, hasta que tuvo que soltarle de golpe, so pena de ser vilmente agujereado por la erección del otro. ¡Eso era! Fletaría un poderoso bajel y reclutaría como tripulación a todos los mariquitas que pudiese encontrar. El mismo capitanearía la nave, ya estaba harto de dejar tan importante asunto en manos de incompetentes. Capturaría a la famosa María de la Mar Salada y la haría colgar del palo mayor, o quizás la descuartizaría, echando sus diminutos trocitos a los peces. O quizás....

Durmió casi doce horas y despertó con una energía y vitalidad que sorprendieron a todos sus sirvientes. Desayunó opíparamente y se encerró en su gabinete, donde redactó varias cartas dirigidas a sus clientes allende los mares, comunicándoles que un barco cargado de bisuterías, vestidos y lencerías femeninas iba a salir de Barcelona en tal fecha, con destino a Nápoles. Estaba seguro que alguna de aquellas cartas caería en manos de Mari-Mar o sus cómplices, que los había en cuantos puertos tuvieran burdeles, o sea todos. El cebo estaba echado y, con tal mercancía, muy raro sería que no mordieran el anzuelo. Al fin y al cabo, se trataba de mujeres. Después mandó llamar a su ayuda de cámara, le entregó un poder firmado de su puño y letra, autorizándole a contratar a cuantos mariquitas encontrara en los puertos de la costa. Partió éste a cumplir su

misión y Jordi comenzó la ardua tarea de reunir las mercancías que transportaría el barco. Todo sería real, no quería dejar ni un cabo suelto. Aquella taimada pirata tenía espías por todas partes.

Dos semanas después, zarparon del puerto de Barcelona en dirección a Nápoles, itinerario muy frecuentado por las populares filibusteras. Jordi tuvo el cuidado de llevar con él dos fornidos guardaespaldas heterosexuales, mejor dicho, dos guardatraseros - «culo prevenido vale por dos», decía su pobre padre -, que le acompañaban en sus raros paseos por la cubierta, ahora pintada en tonos pastel, con preponderancia de rosas y azules celeste, lo mismo que el casco. No obstante, Jordi hacía la vista gorda, pasando la mayor parte del tiempo en su camarote, donde rumiaba terribles venganzas en la persona de su prima. Su ayuda de cámara hacía las veces de contraamaestre de aquella pintoresca camada, que él se veía obligado a aguantar por razones de fuerza mayor.

Al quinto día de viaje, Jordi despertó sintiendo que lo zarandeaban. Era su fiel criado, comunicándole, excitadísimo, que el vigía había avistado por fin el ansiado y curioso pabellón pirata. Jordi impartió órdenes muy concretas: Debían simular que caían en la trampa y abordar el barco enemigo, tomándolas prisioneras y cargándolas de cadenas, con las que serían expuestas en Barcelona, antes de ajusticiarlas, para escarmiento del gremio de la piratería. La capitana debían traérsela a su camarote, bien atada y amordazada, pues le aguardaba un destino especial, tan retorcido que ni él mismo sabía aún en qué consistiría. Dicho esto, mandó salir al fámulo y se levantó de la cama. Se vistió con sus mejores ropas, se empolvó la cara, desayunó, escogió su mejor sombrero, agarró su bastón con empuñadura de plata y se sentó a aguardar la *visita*.

Dos horas más tarde, harto de esperar y oyendo unas sospechosas risas provenientes del exterior, decidió, intrigado, salir a ver qué pasaba. Una vez en cubierta, lo que sus ojos contemplaban no podía creerlo su mente: Los mariquitas se encontraban sentados y mezclados en el suelo con las mujeres-pirata, charlando amigablemente de perfumes, afeites, moda, etc. La mercancía se hallaba desparramada por el suelo, como en un mercado, y todas ellas revolvían a sus anchas en las pilas de ropajes y bisuterías, cambiándose objetos unas a otras como si fueran suyos. Solo en un rincón, cerca de la popa, aún había gente de pie, habíase formado un corro de piratas y marineras, que rodeaban y jaleaban alguna actividad que se desarrollaba en medio del susodicho corro. Jordi se metió disimuladamente y atisbó por una pequeña rendija que apenas dejaban los apretados cuerpos. Tal actuación consistía en una masiva violación por parte de *todas* a los dos pobres esbirros que protegían a Jordi, los únicos machos a bordo, aparte de él mismo. Horrorizado, se apartó del grupo y se dirigió hacia la bodega, con una mano todavía empuñando el bastón y la otra protegiendo instintivamente su retaguardia. Alguien gritó a sus espaldas: - ¡Por allí va el capitán, no lo dejéis escapar, que tiene las nalgas sonrosadas, como un bebé! - quien así hablaba era el traidor de su *valet*, como gustaba de llamarse a sí mismo.

Le arrinconaron en la popa. Eran muchas, muchísimas. Jordi desenvainó el estoque oculto en su bastón, presto a defender su honor anal y a morir por ello, si hacía falta. Cuando iban a abalanzarse todas contra él, una voz, femenina e imperiosa, sonó, por encima de todos, paralizando a las atacantes.

- ¡Quietas! Es mío.

Mari-Mar y Jordi miráronse a los ojos y se enamoraron. El estoque cayó al suelo, rebotando y tintineando, cual musiquilla de carrillón tocando una melodía de galanteo, o por lo menos eso les pareció a ambos, ajenos a lo que ocurría a su alrededor. Avanzaron el uno contra el otro y se enroscaron en un largo beso, de tornillo. Todos los asistentes aplaudieron, incluso los dos machos, que no pudieron sentarse en una semana, pero tenían su corazoncito. Después pusieron proa a la calita-cuartel general, donde se celebró una gran fiesta, que duró semanas y

ayudó en mucho a plantar las semillas de las que descienden los habitantes del pueblo de...(un poco más y se me escapa).

Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos. Y vivieron en ese lugar tan bonito, con esas calas, y esas casas blancas, tan típico, con esa paz que sientes cuando has vuelto de vacaciones y te han soplado hasta el último doblón. Pero no importa, qué buen ambiente, qué gente tan encantadora y sencilla. Qué bonitas las habaneras, y el *cremat...*, .y qué precios..., Señor, qué precios...

Pero no os dejéis engañar; si mirarais en los viejos arcones, en los desvanes de ese pueblo marinero, de cuyo nombre puedo acordarme pero no desvelar ni siquiera al final de este escrito, seguro que encontraríais aún algún estandarte con la calavera cruzada por dos piernas en ropa interior.

HISTERIA DE CAPERUCITA POLUCIÓN NOCTURNA

Había una vez una niña que se llamaba Caperucita Roja. La verdad es que ni la niña era ya tan niña, ni la caperuza que llevaba era necesariamente roja. Pero el hecho es que, a principios del siglo pasado, el cuento había caído en manos de elementos de izquierdas y, no se sabe cómo, alguien había logrado teñirlo, probablemente en alguna imprenta clandestina, de rojo. Los autores de este desaguizado habían muerto víctimas de una de tantas purgas estalinistas, es por eso que los derechos de autor los siguen cobrando íntegros los sucesores de Charles Perrault, que curiosamente perteneció a la nobleza.

Pues resulta que esta niña vivía con su madre en una casita unifamiliar en la linde del bosque, en aquellos tiempos todavía se vivía en la linde del bosque, ahora vivimos en la linde de la autopista, en la linde del polígono industrial, en la linde del vecino cuya pared de papel nos permite escuchar sus ventosidades y sus jadeos amorosos una vez por semana, generalmente en sábado, sabadete. Y os direis: "Qué linde". Pues, sí, y es que el progreso es el progreso.

Aquel día tan importante para ella, Caperucita amaneció con dos percas que la afectaban directamente: Le había venido la menstruación y su abuelita, que vivía también en la linde del bosque, pero al otro lado, se había puesto enferma. Nada grave; una simple embolia que la había dejado paralizada de cuero cabelludo para abajo.

Aquí haré un pequeño inciso para advertir a los lectores y/o oyentes de este cuento que no voy a hacer ningún paralelismo gracioso entre la menstruación y el color de la caperuza. Eso, aparte de ser de muy mal gusto, lo consideraría indigno de un narrador omnisciente como yo.

Después de aplicar un remedio temporal y absorbente al primero de sus problemas, oyó cómo su madre, una mujer moderna que vivía sola, pero que recibía visitas masculinas un día sí y otro también, le sugirió que fuera a visitar a la abuelita y que le llevara el avituallamiento habitual en estos casos: un potito Bledine de callos con garbanzos y una pajita, porque, por lo visto, sorber y pensar era los dos únicas acciones que la pobre mujer podía efectuar sin asistencia.

Después de escuchar por enésima vez las habituales advertencias maternas de que fuera con cuidado, que no todo el bosque es orégano, que la ocasión la pintan calva, que por la noche todos los gatos son pardos, - aunque fuera de día en ese momento, por lo visto se esperaba un eclipse - , Caperucita salió de su casa, encontrándose en la puerta con el butanero, que llevaba la sempiterna bombona en el hombro. Caperucita pensó que su madre y el hombre podrían haberse ahorrado la comedia, ya que en aquella casa todo funcionaba con leña, pero ella sabía muy bien lo importante que era para una madre guardar las formas. Lo sabía por experiencia, porque ella misma había dado a luz hacía tiempo a un precioso niño de padre desconocido que ahora vivía en la linde de un país muy lejano, con unas monjitas de la caridad.

Caperucita decidió entrar ya en el nudo del cuento, puesto que la presentación se estaba haciendo demasiado larga, y se encontró de boca con el lobo, que se hallaba vestido de peón caminero desforestador de bosques y montado a lomos de una feroz excavadora "*Caterpillar*", que él, en un arranque de humor negro, había rebautizado y pintado como "*Que te pillo*". También tenía otros carteles en la cabina, como "*Para joderte mejor*", "*Qué traes en ese cesto*", y algunas ilustraciones guarras que no viene al caso comentar ahora.

El lobo paró la excavadora y se ofreció generosamente a llevar a Caperucita a buen puerto. Pero ella, que era ecologista hasta la médula, le dijo que lo tenía claro si pensaba que iba a impresionarla con todo aquel despliegue de medios y que, si quería algo con ella, debía empezar por bajar de la excavadora y mostrarle el camino más corto hasta la casa de la abuelita.

El lobo le contestó que se había empeñado hasta las cejas esas tan grandes que tienes para comprar la excavadora, y así poder trazar con ella dos caminos hasta la casa de la abuelita, uno para ella y otro para él. ¡Y que se había levantado con el alba para hacerlo!

Caperucita le respondió que si él se acostaba y se levantaba con el alba, por lo menos esperaba que tomara precauciones al respecto, y se marchó por el camino más largo, llena de despecho (o eso parecía).

El lobo suspiró; decididamente, no era la cultura de la niña lo que más le atraía, y se apresuró a tomar por el camino más corto. Hoy estaba excitadísimo, puesto que Caperucita irradiaba un olor especial, era uno de esos días en que..., bueno, vamos a dejarlo en que era uno de "esos días".

Mientras tanto, Caperucita, muy satisfecha de sí misma porque había dicho la última palabra, rasgo de carácter que compartía con unos cuantos millones de mujeres en todo el mundo, iba canturreando aquella vieja y entrañable melodía que decía: "*Hola, mi amor, yo soy tu lobo, quiero tenerte cerca para olerte mejor...*" Tengo la obligación de señalar, en honor a la verdad, aunque me repugne hacerlo, que cada vez que Caperucita se imaginaba al lobo olisqueándole ciertas partes de su cuerpo, éstas se le hacían *pepsi-cola* (en sentido figurado, claro está), de forma que tuvo que pararse varias veces, antes de llegar a casa de su abuelita: la primera, para cambiarse la compresa, que entonces se le llamaba paño, la segunda para cambiarse de bragas, que entonces se llamaban bragas, y la tercera directamente para hacerse una paja, sin pasar por la casilla de salida, que entonces no sé cómo demonios se llamaba. Después de esta última parada y de refrescarse sus partes en un riachuelo que pasaba por allí (no pasaba siempre, pero aquel día hizo el agosto) Caperucita, sin más dilaciones ni toqueteos, se encaminó hacia su destino. (Que aquí, entre nosotros, cada vez estaba más claro, incluso me atrevería a decir que estaba cantado, vamos, que si yo ahora mismo me callara y dejara el cuento aquí, no iba a pasar nada, el final variaría según la imaginación calenturienta de cada uno de ustedes, podría variar en cantidad, en calidad, en posturas, en gritos, pero, intrínsecamente, sería lo mismo. ¿Lo dejamos aquí, y que cada uno se aguante su vela, uy, qué mal suena eso, vamos a dejarlo en que cada perro se lama su capullo? No? Bueno, pues continuamos)

Mientras tanto, el lobo había llegado a casa de la abuelita, dispuesto a echarle un polvo rápido a la buena mujer, para así llegar más descansado al combate final, pues estaba harto de que en el bosque y sus lindes se le conociera por "el lobo precoz", pero, cuando llegó allí y vio el panorama: a la pobre mujer inmóvil a causa de la enfermedad, la verdad es que el lobo, que en el fondo era buena persona - estaba afiliado a Amnistía Internacional y era donante de sangre - no tuvo corazón para enrollarse con ella. Entonces, la anciana, que resulta que, milagrosamente, aún podía mover la mano derecha, (Eh, en qué estais pensando, viciosos? Os equivocais!) pues con la mano derecha señaló repetidamente el cajón de la mesita de noche. El lobo abrió el cajón y vio que había papel y lápiz, además de una estampita de la Virgen del Asado, patrona de Argentina. Enseguida entendió lo que quería decir la abuelita, pero le extrañó porque el lápiz era muy delgado, no le iba a producir ningún efecto, pero hizo de tripas corazón y se dispuso a introducirse a la abuelita allá donde le podía dar gusto, mientras con la otra mano sostenía el papel para ir secando los fluidos sobrantes. Entre nosotros, estaba muy orgulloso de su compenetración con la ancianita. Entonces, la viejita dijo que no con la mano, que por ahí no. Ya hemos dicho que el lobo era muy solidario, pero la cosa tenía sus límites, el no estaba dispuesto a meterle el lápiz por según qué sitio... ¡Ah! ¡Qué tonto, ahora lo entendía, resulta que lo que la ancianita quería era escribir! El lobo le puso el lápiz entre los dedos, le aguantó el papel, y ella, con mano temblorosa, garabateó: "¡Aunque yo no me pueda mover, la guerra es la guerra!" ¡La abuela tenía unas ganas de marcha que no veas!

El lobo no se hizo de rogar, se puso primero encima de ella, después dentro de ella, después fuera de ella, después se acordó de que no había tomado precauciones, pero la abuela le hizo un gesto con la mano buena, como que no importaba, que de algo había que morir. Entonces el lobo, que ya comenzaba a oír la canción de Caperucita que se iba acercando a la casa, cogió a la abuela y la sacó por la puerta trasera, que daba al huerto. La pobre mujer estaba aún más inmóvil si cabe, la cara se le había quedado como en estado de trance, los ojos se le salían de las órbitas y la lengua le colgaba por un lado de la boca. La dejó un momento apoyada en el quicio de la puerta i se puso a escarbar muy rápidamente un agujero en la tierra, como había visto hacer a su primo Bobby, un pastor alemán que vivía en la ciudad. Cuando el hoyo tuvo sus veinte centímetros de profundidad, plantó a la buena mujer allí, volvió a poner la tierra y, satisfecho, contempló su obra: Realmente, la abuelita podía pasar por un espantapájaros. ¡Y estaba protegiendo su propio huerto! Aquello sí que era "reinserción de la tercera edad" y no lo que hacía el ayuntamiento.

El lobo volvió a entrar en la casa y abrió la cómoda de la habitación de la vieja. Allí estaba lo que buscaba: el camisón de la noche de bodas de la buena mujer, una prenda de aquellas que llevaban un agujero en la parte delantera, mediante el cual podían los matrimonios tener relaciones puramente reproductivas. Lo que la historia no sabe, pero que vamos a desvelar ahora mismo, es que había matrimonios traviesos en los que la mujer, muy probablemente una pecadora de tomo y lomo, se ponía al revés el camisón, o sea la parte de adelante, atrás, y lo hacían igualmente, sí, sí, ya sé que es una aberración, pero la historia no miente, y les diré más: a veces esas mismas mujeres se ponían el camisón por los pies y lo hacían de rodillas, a través del mismo agujero. Esto, por lo que se sabe, se practicaba mucho en Francia. Al lobo, que en su juventud había viajado mucho, era un lobo corrido (corrido y punto) no le extrañó ver manchas de carmín añejo en los alrededores del agujero, por la parte de dentro. La verdad es que el animalito necesitaba el camisón con agujero porque tenía una erección tan grande que hubiera rasgado cualquier pijama *Benetton* de los muchos que había en los demás cajones de la cómoda. Se tendió en la cama con el mástil ondeando al viento en el mismo instante en que Caperucita llamaba tímidamente a la puerta.

-¡Adelante!- dijo el lobo, intentando poner voz de abuelita paralítica a la que solo se le mueve la mano.

Entonces Caperucita entró en la casa y simuló quedarse de pasta de boniato cuando vió las novedades que el destino (o mi imaginación calenturienta y la de ustedes) le deparaba. Incluso el lobo se creyó la sorpresa de la niña. (la verdad es que me costó encontrar una actriz porno que supiera actuar, el casting para este cuento fue durísimo).

Entonces Caperucita le dijo:

-¡Oh, abuela, por fin rompiste la hucha y te hiciste el cambio de sexo que tanto anhelas! ¡Mamá se va a poner tan contenta cuando lo sepa! ¿Sabes qué? Voy a decírselo ahora mismo - y dejando el cesto en el suelo, volvió a salir corriendo de la casa en dirección a su hogar materno, dejando al lobo compuesto y sin polvo.

Y este podría ser un final tan bueno como cualquier otro, si no fuera porque mi Caperucita era una Lolita coqueta de esas que tanto nos ponen a todos, una casquivana que, veinte segundos después, volvió a aparecer por la puerta diciendo:

-¡Pero antes nos vamos a dar una merendola para celebrarlo! - y, ni corta ni perezosa, abrió el potito Bledine de callos con garbanzos, embadurnó con su contenido el miembro del lobo, y se dio una comilona de muy padre y señor mío con sorpresa final.

Y este podría ser otro buen final, pero tengo que pedirlos disculpas, amados oyentes/lectores, pero esta semana he dejado los barbitúricos y he tenido muchas horas de insomnio para escribir guarradas, así que, vamos allá:

Después de soltar el eructo de rigor, Caperucita se sacó la ropa y se sentó encima del lobo, empalándose literalmente en el pobre animal y comenzando a moverse como una loca, mientras acompañaba sus aullidos con los de él. La verdad es que era una escena superexcitante, tan excitante que mientras la escribía tuve que hacer una pequeña pausa para aliviarme un poquito. La inmensa soledad del escritor, qué les voy a contar.

Mientras Caperucita y el lobo disfrutaban de lo lindo intercambiándose el camisón de la abuela, un guardia forestal que pasaba por allí, como el riachuelo, se dio cuenta de que la excavadora del lobo estaba aparcada en doble fila, impidiendo el paso por la cañada reservada a los animales transhumantes que, todo hay que decirlo, hacía siglos que se habían extinguido. Pero cualquier excusa era buena para que la autoridad competente entrara en la casa y se uniera, previa amenaza de arresto, multa, etc, a la fiesta privada en la habitación de la abuelita. Hubo que darle la "mordida", y nunca mejor dicho, al agente de la ley.

Y aquí dejo al libre albedrío de mis estimados lectores/oyentes el orden y concierto de la escena que prosigue. Incluso les recomendaría que añadieran a los cazadores a la orgía, sí, aquellos que salen al final de la versión light del cuento - cuantos más seamos, más reiremos, que decimos en mi tierra – y que aprovecharan para despilfarrar aquí todas sus fantasías sexuales que nunca han plasmado en la realidad (y nunca plasmarán, para qué vamos a engañarnos) y, por favor, no manchen el libro, queda muy mal cuando lo recompras en alguna librería de viejo.

Y ahora, sí, amigos míos, ahora sí que me veo obligado a acabar el cuento con la frase de marras:

Y fueron muy felices, y comieron perdices, y a mi no me *dieron* porque no pudieron (la verdad es que no me dejé, tengo ciertos prejuicios, a consultar con mi terapeuta).

Agradecimientos: Bledine, Pepsi-Cola, Caterpillar, Camisones Carrinclones SA, Vladimir Nabukov, Amnistía Internacional, Charles Perrault, al perro Bobby y a su adiestrador, el skinhead Pepe Pincho. Seguro que me dejó alguien. Que le den.

Sin ellos hubiera escrito este cuento igual, pero diferente.

HISTERIA DE LA CENICIENTA

Resulta que había una vez otra niña que todavía no se llamaba Cenicienta (algunos estudiosos defienden que su verdadero nombre era *Madera de Pino*) porque aún se le tenía que morir la madre y su padre, un calzonazos tamaño XXL, debía casarse con una madrastra malvada y egoísta como ella sola, con dos hijas de su misma edad (la de Cenicienta), que solo pensaban en ellas mismas -como todo hijo de vecino - y que puteaban a nuestra abnegada protagonista tratándola como una criada y obligándola a realizar todas los trabajos domésticos desagradables que ellas no querían o no sabían hacer. Para que me entiendan; lo mismito que hacemos en el Primer Mundo con los inmigrantes.

Cuando todo lo que tenía que pasar, pasó (o sea, la madre de Cenicienta murió de un atracón de cereales ricos en fibra y la descomposición posterior), el padre, un hombre que no podía pasar sin una mujer en su casa y en su vida, enjugó sus penas con una viuda rica, propietaria de la funeraria que se encargó de las exequias de la anterior, y se casó con ella justo después del sepelio, para no tener que pagar dos ceremonias distintas. Hay que reconocérselo: El hombre era un calzonazos, pero no era tonto del todo, por lo visto en asuntos crematísticos se defendía bastante bien. (Algunos autores insinúan que era de ascendencia catalana. Yo, lo afirmo.)

Y la vida de Cenicienta se convirtió en un infierno: Su padre se pasaba el día encerrado en la biblioteca, empeñado en restaurar una colección de sellos que había conocido tiempos mejores antes de las inundaciones del 63, y su madrastra, que tenía la cara como de haberse escapado de uno de los álbumes de la citada colección - después del desastre, claro está - , no paraba de dar órdenes a la muchacha que cada vez le costaban más de procesar:

-¡Cenicienta, Cenicienta! ¡Lava la comida en la mesa y ensucia la vajilla. Después quiero que quemes el huerto y todas las frutas y verduras y hagas un puré de rastrojos para cenar. A continuación lleva agua a la fuente y vacíame la bañera allí mismo. Y recuerda que si tanto se rompe la fuente, al final el cántaro se va!- Encima, le encantaban los dichos, frases hechas y refranes a la muy arpía y la muy cerda. (Antes de seguir, tengo que advertiros que no pienso ser imparcial en este cuento; estoy clarísimamente a favor de Cenicienta. Quien avisa no es traidor. Toma refrán.)

La pobre chica se estaba volviendo loca. La madrastra, además de ser una cabrona, padecía dislexia, pero eran otros tiempos y ésa y la mayoría de enfermedades eran completamente desconocidas en aquella época. La gente moría "de un aire", de un "humor", "porque venía Dios y se lo llevaba", "de viejo", "de vieja", "de hambre", "de un arrechucho", "de mal de ojo" y, si no, "de muerte natural" (que es la más natural de las muertes)... Un buen día, Cenicienta fue a quejarse a su padre de lo mal que la trataba la putarrona de la madrastra, y el padre, después de escucharla gravemente, le respondió, como rebuscando las palabras:

- Recuerda que vale más ciento en mano que sello volando.- Y cayó muerto, víctima de un ataque de dislexia en fase terminal. O de una fase terminal atacada de dislexia, ahora no pondría yo el fuego en la mano...

Cenicienta se encargó de quemar muerto a su padre y de esparcir a los cuatro vientos sus cenizas. Sí, ya sé que me quedaría muy redondito decir que por eso la llamaron a partir de ahora Cenicienta, pero eso, aparte de ser mentira, no ficción, sino MENTIRA con mayúsculas, sería muy cómodo por mi parte y ustedes no se merecen eso. Todavía no.

Y Cenicienta cayó en uno de los peores vicios en los que podía caer un chica en edad de merecer: comenzó a devorar novelas rosa. Novelas en las que una protagonista invariablemente

guapa y desdichada pasaba por una serie de vicisitudes calcadas unas de otras, para ser salvada y redimida por un apuesto galán lo suficientemente joven, rico y afortunado como para que a partir de ahora su vida fuera tan monótona, aburrida y llena de hijos como por lo menos la de la suegra de turno, toda una dama en la mayoría de los casos. Y Cenicienta, mientras lavaba, planchaba, fregaba, cocinaba y servía a su madrastra y hermanastras, soñaba con aquel príncipe azul que un buen día se presentaría y la colmaría de amor y lujos materiales, arráncandola de aquel hogar desestructurado y de las garras de la hija de puta de su madre postiza. Un mundo ideal e ilusorio se abrió paso en su mente, borrando todo vestigio de realidad, y Cenicienta comenzó a flotar por la casa, hablando con personajes que no existían y entonando canciones de taberna de contenido más que licencioso, casi sucio.

Un día en el que la madrastra, quiero decir la puerca de la madrastra, y sus dos pretenciosas hijas habían acudido a un baile que celebraban en el palacio del rey, tuvo lugar la alucinación más grande de todas. Fue en pleno invierno, hacía tanto frío que a la pobre niña se le helaban las lágrimas de soledad y los mocos de una gripe incipiente que había pillado. Llegó un momento en el que Cenicienta cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que llegara la primavera. Cuando los abrió, delante suyo se encontraba un personaje elegantemente vestido y que le sonreía con gesto protector.

-Soy San Corte Inglés - le dijo - patrón de las primaveras avanzadas, y estoy aquí para hacer realidad todos tus sueños.

Entonces sacó una tarjeta mágica del bolsillo, una tarjeta magnética de compra aplazada a tres meses y sin intereses y le dijo que pidiera cuantos deseos quisiera que él se los concedería, siempre y cuando tuviera una jugosa nómina que la respaldara.

Cenicienta tomó la tarjeta y comenzó a pedir por pedir: Un vestido de gala, unos zapatos de cristal, una calabaza carroza, unos ratones caballo, etc. Deseos que no le fueron concedidos porque la tarjeta en cuestión estaba bloqueada por un inesperado y traidorzuelo corralito financiero recién llegado al cuento, pero ella no se dió cuenta de este pequeño detalle.

Después se encaminó al palacio real, presa de una fiebre alta repleta de espejismos materiales. Cuando llegó allí y entró por la puerta que daba al salón de baile, la música paró, los nobles y gente pudiente que, ataviados con sus mejores galas, danzaban sincronizadamente, se callaron, también sincronizadamente. ¿Qué hacía una pordiosera como aquella en un sitio como éste? Pero el príncipe, que había estudiado Ciencias Políticas en Cambridge, y que por tanto sabía del valor de la opinión del populacho, hizo una seña para que la orquesta comenzara a tocar la canción del verano y se adelantó, invitando a Cenicienta a danzar al son de las notas que Georgie Dann había compuesto durante una siesta en Copacabana. Cenicienta, que no tenía ni pajolera idea de bailar, pisó al príncipe tantas veces en su real juanete, que éste tuvo que recurrir a la consabida y peliculera frase "*¿Por qué no salimos a tomar el aire?*", antes de acabar en la consulta del callista, un oscuro personaje cuyo negocio "*Pies para que os quiero*" iba viento en popa y comenzaba a extenderse ya por los reinos vecinos.

El príncipe, que, bajo los andrajos y la peste a sobaco de Cenicienta, comenzaba a notar unas curvas de mujer proletaria que le estaban poniendo de lo más cachondo, sugirió que podrían retirarse a sus habitaciones y probar un invento que le acababa de llegar del extranjero y que se llamaba "*jacuzzi*". Cenicienta puso como condición que únicamente podía quedarse hasta las doce de la noche, pasada esta hora, dijo, la magia desaparecería.

El príncipe, que se las sabía todas, la tranquilizó diciéndole que tenía un reloj de arena en su recámara que daba la hora más exacta del mundo y Cenicienta cayó en la trampa. Cuando llegaron a la boca del lobo, éste manipuló con disimulo el reloj, con la excusa de darle cuerda (????) - ya hemos dicho que Cenicienta era tonta del culo, ¡ah! ¿no lo hemos dicho? - y le echó

dentro una piedra del tamaño de una canica que rápidamente obturó el aparato justo en el punto correspondiente a las once de la noche.

La mañana amaneció despejada, al contrario que todos los demás, que tenían una resaca a cuestas de muy padre y señor mío. El ayudante de cámara del príncipe, que no era mariquita pero lo disimulaba a la perfección, entró en la habitación de aquel y se encontró con que Cenicienta había usurpado la personalidad de su amo, además de todas sus riquezas y cargos públicos, y que el expríncipe, mocho en mano, se dedicaba afanosamente a cambiar el polvo por brillo, dicho sea esto último sin ninguna connotación sexual. La pareja había decidido jugar hasta el fin de sus días a "Príncipe y mendigo" y se hallaban en un momento de la partida en que el príncipe perdía por un humillante resultado parcial de cinco escenas a una.

Tres meses más tarde, la flamante princesa del reino se casaba con aquel harapiento mendigo que poseía profundos conocimientos en sociología y política de las costumbres y reinaron con justicia, paz y un cierto desencanto ideológico que podía leerse en sus miradas cuando iban al baño, tres veces al día.

En cuanto a la zafia, asquerosa y pudibunda de la madrastra y sus polluelas, resulta que el mismo día de la boda se llegó a su puerta un señor de negro que, autopresentándose a sí mismo como el "*cobrador del pack*", les comunicó que venía a cobrar el pack de deseos satisfechos que Cenicienta había dilapidado durante los tres meses de noviazgo y que muy ladinamente había firmado en su nombre (en el de ellas). Retiro lo de tonta del culo.

La madrastra, la muy zorra, se encontraba pasando un mal momento; la gente del reino era tan feliz con su nueva ama que, de puro contento, no solo no se morían, sino que cada vez eran más jóvenes, con lo que la funeraria tuvo que especializarse en animales domésticos y plantas de guardar y eso había disminuido notablemente los ingresos. Las tres lagartonas tuvieron que malvender el negocio para poder sufragar una ínfima parte de las deudas, la otra parte aún la están pagando ahora: Y lo explicamos seguidamente:

El cobrador del pack se las llevó, viajando a través del tiempo, y las colocó en el Corte Inglés de Diagonal, sección de perfumería y maquillaje Margaret Astor, donde hacen más horas que el reloj de arena del príncipe, cobrando un sueldo de mierda y expuestas a la marginación social y cultural que sufre toda dependienta hortera que se precie.

-Si no queda devuelto, le satisfaremos su dinero - dijo la perra de la madrastra, ya para cerrar el cuento.

¡Ah!, y en cuanto al zapato de cristal...¿ Qué quereis que os diga? ¿Que se rompió? Pues se rompió. ¿Que no se rompió? Pues no se rompió. Vosotros mismos. Quien paga manda, tú.

Escrito en Altafulla, Tarragona, el dia 17 de agosto de 2002 con un calor del cagarse y la esperanza de hacerme rico con él (con el cuento no, con el cuponazo)

HISTERIA DE LOS TRES CERDITOS

Había una vez una madre cerda que un buen día (para ella), decidió emancipar a los hijos por su cuenta, después de muchos años de mantenerlos y prepararlos para la vida.

“Hijos míos – les dijo solemnemente – ha llegado la hora en que os busqueis las habichuelas por vuestra cuenta y riesgo. Teneis ya más de treinta años y estais lo suficientemente duros y correosos para que los humanos no quieran hacer embutidos de vuestras carnes. Es el momento. Vuestra madre no puede más, he decidido jubilarme y dedicarme a dilapidar los dineros que me dejó vuestro querido padre, de infausta memoria; sí, me refiero al dinero que ganó con todo aquello de los piensos adulterados. Voy a dedicarme a viajar con el INSERSO y a comprar chorradas de esas que te ofrecen en esas excursiones. Me he propuesto coleccionar toda clase de cerámicas y lotes de productos inútiles. Así que, venga, dad un último beso a mamá, haced los bártulos y desapareced con viento fresco.”

Y así fue como los tres cerditos comenzaron su andadura, que les iba a convertir en inmortales entre los niños del mundo entero, y nunca mejor dicho lo de andadura, puesto que, al menos el primer día, se dieron un lote de viajar en el coche de San Fernando (un rato a pie y otro andando), buscando un lugar seguro donde pasar la noche. Anduvieron y anduvieron, hasta que pasaron frente a una cabaña de paja y el hermano menor, de mal nombre Morci, decidió que él ya había llegado a buen puerto, y anunció a sus hermanos, solemnemente también, que había decidido okupar aquella cabaña de paja con el único propósito de no tener que trabajar, ni pagar una hipoteca, ni nada por el estilo. Sus dos hermanos intentaron hacerle desistir de la idea, aduciendo argumentos tan sobados como qué diría tu padre si levantara la cabeza, a lo que él contestó que si su padre no había levantado cabeza en vida, no lo iba a hacer ahora que llevaba más de diez años muerto y enterrado. Los hermanos insistieron, diciéndole que eso era indigno de él, que era ilegal, insano, que engordaba, incluso, pero Morci se aplicó la conocida frase “a sonidos guturales producidos por la laringe, trompas de Eustaquio en estado de letargación” y los dos hermanos, después de pernoctar allí y hacer una pequeña fiesta de despedida, en la que sonaron vivas dedicadas a la dieta vegetariana, a la comunidad musulmana y a los alfajores rellenos de dulce de leche, marcharon al alba en busca de su destino.

Al día siguiente Morci decidió hacerse mendigo, un oficio de provecho, y acudió al ayuntamiento, donde se inscribió en el registro de actividades económicas, epígrafe “ambulantes”, apartado “mendicantes”, subapartado “sin tara física”, carpeta “por la cara”, archivo “dura”. Y pronto se hizo una clientela fija entre las beatas de la iglesia, los funcionarios municipales y los voluntarios de “Caritas feas”, una ONG dedicada a recoger fondos para operar a los feos y donar su cara a la ciencia.

Mientras, sus hermanos continuaban viaje, sometidos a toda suerte de penalidades típicas del caminante: calzado roto, rozaduras en los pies, visita al podólogo, cura sin anestesia, factura astronómica, etc. Hasta que el hermano mediano, que se llamaba Chori, no pudo más y, cuando pasaron por una zona de playa infestada de segundas residencias, decidió okupar un dúplex construido en maderas nobles y aluminios varios, situado en primera línea de mar. Ante la avalancha de reproches por parte del hermano mayor y más juicioso, Chori se justificó comunicándole - solemnemente, claro está - que pensaba montar allí un ateneo social alternativo, donde realizaría actividades cuyo fin sería el beneficio de la comunidad. El hermano mayor se dió por vencido y se quedó a pasar la noche allí. Esta vez cantaron tristes baladas de desamor y de muerte, antes de emborracharse hasta el vómito con las existencias de la bodega del antiguo propietario, que había perdido todos los derechos, si nos atenemos a la idea de un reparto justo de

los bienes muebles. Al día siguiente, después de meter la cabeza en la cubitera durante una hora y de depositar un beso en la frente (la única parte del cuerpo sin restos de vomitona) de su hermano, el mayor reemprendió viaje.

Chori muy pronto montó en el duplex una comuna hippie-alternativa-autogestionada-autosuficiente-autocomplaciente para animales domésticos abandonados o que manifestaran claras divergencias ideológicas con sus dueños respectivos. Pronto pareció aquello el Arca de Noé, de éxito que tuvo la idea entre los animalitos alternativos y de tendencias antiglobalizadoras. La comuna programó actividades muy interesantes y constructivas, dedicadas a promover ideas nuevas y formas de vida sostenibles y respetuosas con el medio ambiente. Aun se recuerda el maratoniano seminario celebrado durante la Semana Santa sobre como cantar saetas en sordina, fomentando el ahorro de energía vocal y reorientando la proyección de voz hacia actividades más gratificantes, como gritar a los niños o quejarse a pulmón libre de la fugacidad de lo terreno y la futilidad de la propia existencia, por citar algunas de ellas.

Mientras tanto, el hermano mayor, llamado Panceti, así que estuvo a suficiente distancia de las casas de sus hermanos, sacó de su bolsillo, por este orden, su teléfono móvil de altas prestaciones y una bolsa repleta de dineros que había ido sisando uno a uno a su mamá durante años. Llamó a un taxi y viajó con él hasta una gran ciudad, donde se hospedó en una pensión de tres estrellas especialmente reservada a las gentes de alta alcurnia y pocos escrúpulos.

Rápidamente prosperó nuestro Panceti, gracias a los conocimientos sobre el mercado inmobiliario del concejal de Obras Públicas - que residía en la pensión temporalmente, puesto que su casa, curiosamente, estaba en obras - y a cierta información privilegiada sobre la recalificación de unos terrenos que aquel le vendió por un buen pico. Panceti pasó enseguida de ser un cerdo ladrón a ser un acaudalado empresario, lo cual, aunque no lo parezca a simple vista, no era lo mismo, pero sí igual.

Y llegó un buen día, sobre todo para los lectores, en que las cosas iban demasiado bien y este cuento corría el riesgo de convertirse en la "Oda a la confraternización entre hermanos muy diferentes" o "Tú en tu casa, yo en la mía y Dios en la de todos". Es por eso que decidimos invitar al lobo de la linde del bosque de Caperucita, que ya estaba harto de guarrerías y quería rehacer su vida.

El buen lobo, casualidades de los cuentos, entró a trabajar de pistolero a sueldo de Panceti, que se había cambiado el nombre por el de Serrani, más acorde con su nueva posición social. Y sí, lo habeis adivinado, amigos, su primer trabajo fue desahuciar y desalojar a los dos hermanos de Serrani, cuyas casas y terrenos había éste comprado a un precio irrisorio, aprovechando el vacío legal que amparaba a los pobres okupas y desesperaba a los anteriores dueños.

Y hacia allí que se encaminó el lobo, dispuesto a hacer un buen trabajo y a subir en el escalafón de la empresa. Llegado a la cabaña de paja, el lobo se disfrazó con piel de cordero, indumentaria de lo mas común entre las jaurías cuando buscan alimento o quieren engañar a niños y adultos, y amenazó al buen Morci con tirar la casa de un golpe de aliento. Morci se rió en sus barbas y el lobo, ni corto ni perezoso, le mandó una ráfaga de viento racheado desde lo más profundo del diafragma, pasando previamente por el estómago, en el que todavía había restos en descomposición del último ágape, unas lentejas con chorizo que hicieron que Morci huyera con viento fresco y también racheado (no iba a ser él menos que el lobo), refugiándose en el centro cultural alternativo que su hermano Chori había montado en una población cercana.

Cuando llegó el lobo allá, y viendo que su fétido aliento no afectaría en nada a la estructura del duplex, decidió cambiar de estrategia y se hizo pasar por un *squatter* experimentado recién venido de Suiza, país muy adelantado en todo tipo de okupaciones, alojándose allá

temporalmente y sembrando cizaña entre los habitantes de la casa. Ya sabeis: "*Este no limpia, el otro no fue a la compra cuando le tocaba, aquel de allí no recicla la basura compostable, Fulanito fue al Mc Donalds, yo lo vi, etc.*" Bien pronto la comuna quedó desierta, y los dos cerditos, añorados, fueron a refugiarse en la agencia inmobiliaria de Serrani, el cual los empleó como visitadores de pisos y casas, dando al traste con sus respectivos sueños de vagancia infinita y justicia social.

Y así acaba este cuento, en donde ganan los malos y los buenos se unen al enemigo, tal y como ocurre en la vida real. Ya saben que la realidad supera la micción, especialmente cuando existe alguna infección urinaria.

HISTERIA DE UNA ARTISTA PLASTICA

Había sido un año negro, muy negro para su conciencia. Había faltado a todos los mandamientos, uno detrás de otro, haciendo especial hincapié en el sexto y el décimo (los que empiezan por "No..." y acaban por "...impuros."). Decididamente, durante los últimos doce meses de su vida había chupado tantas pollas de compañeros de trabajo, jefes, clientes y proveedores que las rodillas se le habían convertido en una prolongación del reluciente suelo de gres que adornaba su despacho. Por eso, después de reventarse literalmente la paga extraordinaria de Navidad en medias oscuras y ropa interior, su vicio más "escondido", echó mano a su monedero y agarró firmemente los restos de su maltrecho capital, que pensaba gastar en tarjetas de felicitación "benéficas", llamadas así porque los beneficios obtenidos con su venta van a parar un poco a todos, dadores y receptores, los primeros porque así blanquean su conciencia -y a veces algo más- y los segundos por simple urgencia alimenticia. Las cosas eran así, era parte del juego. Además, ¿no era eso lo que hacía todo el mundo? ¿Y todos eran conscientes de ello, no? Pues santas pascuas a la hipocresía, y nunca en mejor época dicho.

- "Pintado con la boca, pintado con el pie... - las postales y calendarios que lucían semejantes pies de foto eran sus favoritas, puesto que ya desde muy pequeña le inspiraron los primeros experimentos que realizara con su propio cuerpo y el de sus compañeros de instituto, que le llamaban la "5X5", en homenaje a cierta memorable ocasión en que, siendo todavía virgen y utilizando boca, pies y manos, simultaneó cinco pajas como un mono puede agarrar cinco bananas, de ahí que también se refirieran a ella como "la florido prensil", en un franquista-onanista juego de palabras. Las postales también le recordaban cuando, en pleno día del Domund y con la hucha-cabeza-de-chinito mirándoles desde el suelo, había aprendido por fin la postura del misionero que, por definición del padre Junípero, era: "firme, enhiesta y decidida a romper las barreras que hubiere". La nostalgia le humedeció ojos y labios, de arriba y de abajo, pero siguió leyendo: -"... pintado con el chichi..."-

Al tropezar con esta frase se le fueron todos los arrepentimientos a un punto oscuro y recóndito, pero muy frecuentado, que tenía entre las piernas, fundiéndose allí, en su parte más sensible, y dejándola con la inquietud de saber más sobre aquella nueva forma de ¿empuñar? el pincel. Mientras iba sintiendo, cada vez más fuertes, pequeñas miniablaciones de placer que le subían del clítoris hasta el cerebro, éste soñaba despierto, manteniendo al cuerpo embobado frente al expositor de postales. Y soñaba con enormes y coloreadas vergas que sobresalían de traviosos papanoeles y caganers de pesebre, realizadas mediante la técnica de las acuarelas, pues acababa de decidir que por algo había que empezar, las paredes a brocha gorda ya vendrían más tarde. Hasta se veía capaz de poner alguna moqueta, si entrenaba convenientemente aquella parte de su cuerpo hasta ahora tan poco diversificada. Sumida en la construcción de tales pornocastillos en el aire, no advirtió la llegada sin invitación de un violento multiorgasmo que la hizo gritar y revolcarse como un animal herido en medio de la papelería.

Abrió los ojos, soltando la chorreante picha del joven dependiente al que se había agarrado como a un nabo ardiendo y, después de levantar del suelo de terrazo sus castigadas piernas, se arregló la ropa, se tragó la vergüenza y el semen, se encaminó dignamente a la caja, pagó rauda y veloz pinceles y pinturas y se dirigió a su casa.

Una vez allí, cerró la puerta a cal y canto y comprobó la despensa con gesto de aprobación: habían provisiones para un regimiento. Se desnudó completamente, desenvolvió los paquetes de la corsetería y, sentada frente a un espejito mágico que no hablaba por no contar guarrerías, eligió un picaresco body de fantasía con una abertura entre las piernas calcada de la suya (era su número, no había duda). Desvestida de esta guisa, retiró los muebles de la sala de estar y los tapó con sábanas amarillentas curtidas en mil batallas de alcoba. Hecho esto, fue colocando en fila, sobre el suelo de parquet, los tarros de pintura que adquiriera poco antes, a muy pocos centímetros del montón de cartulinas DIN-A5 que le sobraron de las invitaciones a su fiesta de cumpleaños (la del negro superdotado que bailaba sobre su tranca en un taburete, al son de una flauta travesera de esas de afilador). Los pinceles los metió de pie en un orinal estilo rococó que heredó de su bisabuela, por desgracia también poco dado a las confidencias, como el espejo. Subió la calefacción al máximo, descorrió todas las cortinas - el arte y su proceso de creación debe ser algo del dominio público -, puso en el tocadiscos una selección de ragtime, tipo película muda de persecuciones y caídas, para darse marcha y empezó la labor.

La obra duró de Santa Lucía a Navidad, trece días, trece días en cuclillas, emborronando primero una cara de las postales, para girarlas más tarde mediante ventosa vaginal y firmarlas por detrás, con húmedas dedicatorias para todos y cada uno de sus familiares, amigos y vecinos. Mientras pintaba y pintaba, canturreaba antiguas y verdes baladas de taberna que recordaba de los tiempos en que las monjas buenas son, pues nos llevan de excursión, mezcladas con sonidos guturales que olían a orgasmo a la legua y que, curiosamente, coincidían en su mayoría con el estribillo de las canciones.

Frente a esta actitud sus vecinos, estudiantes modernos de novia fija cuando la tienen y preservativo enmohecido por la distancia y el olvido, optaron por permanecer en la cama todo el día, ergonomizándose el miembro a base de pajas y ahorrándose la paga, que antes derrochaban en teléfono erótico y masajes con complemento.

Cuando hubo terminado, se arrodilló por última vez para dar gracias - a partir de ahora tendría las pantorrillas lo suficientemente fuertes como para "trabajar" en cuclillas siempre que se lo propusiera - se vistió y llamó por teléfono a sus pobrecitos padres quienes, al conocer la aplicación y el buen saber hacer de la recién descubierta artista plástica, comenzaron a vislumbrar un rayo de esperanza en el futuro de su ninfomaniaca hija mediana, desahuciada ya por cuantos sexólogos y analistas de pro la examinaran en su día. Incluso, oh milagro de la reunificación familiar, la invitaron a pasar las fiestas en casa.

¡Ah! Y allí fue, en plena sobremesa del día de San Esteban, después de comerse un buen plato de canalones, donde nuestra esforzada protagonista se enteró con asombro, por boca de un tío suyo algo achispado ya, de que... ¡las acuarelas había que mezclarlas con agua, antes de pintar!

Una apreciación final: Cualquier experto en ilustración y/o dibujo artístico hubiera manifestado, al ver las felicitaciones, que estaban "pintadas con el culo". Y es que nunca llueve en el chichi de todas, muy especialmente si éste se encuentra en el sur de California.

HISTERIA PORNOGRAFICA

Aun no hace ni veinticuatro horas que comencé mi primer trabajo en una pizzería muy céntrica en la ciudad donde vivo. Hace dos meses que terminé con dificultades mi último año en el instituto y mi padre, harto de visitar cada semana a mi tutor y escuchar de su boca las mismas historias sobre mi mal comportamiento en clase, decidió que su hija favorita, o sea yo, se pusiera a trabajar y así comprendiera lo dura que es la vida y lo que una debe esforzarse para sobrevivir. Y la verdad es que mi padre tenía razón, aunque de una forma muy distinta a la que él nunca pensara: Realmente la experiencia que he tenido durante mi primer día de trabajo es la más dura que he vivido jamás, sólo de pensar en esa *dureza* las piernas me tiemblan...

Todo empezó a las doce del mediodía, cuando, siguiendo las instrucciones que me habían dado en la oficina de trabajo temporal donde me habían contratado, me personé en la dichosa pizzería. El encargado, un hombre de unos cuarenta años bien llevados, moreno y musculoso, me atendió muy amablemente y me señaló una de las dos puertas que, al lado de los lavabos, daban a dos pequeños cuartuchos que hacían las veces de vestuario. El hombre me dijo que mis compañeros de trabajo aun no habían llegado, y que más tarde, cuando me hubiera cambiado, me los presentaría. Añadió también que todos eran jóvenes, como yo, un poquillo revoltosos y amantes de gastar bromas y novatadas a las recién llegadas. Así que habría de tener un poco de paciencia con ellos. Yo le contesté que a no se preocupara, que a mí también me gustaban las bromas.

- En ese caso, bienvenida a la empresa. Aquí tienes el uniforme. Creo que es de tu talla.- me dijo, alargándome un paquete con ropa. Le di las gracias y me metí en el cuarto, dispuesta a ponerme el uniforme y dar comienzo a la primerísima jornada laboral de mi vida.

Una vez dentro, me invadió una sensación extraña: Me sentía observada. Esto no me preocupaba en absoluto; me había criado en una familia bastante liberal en el aspecto sexual y no me avergonzaba mostrar mi cuerpo ante personas desconocidas. Además, ya no era ninguna niña: Hacía bastante tiempo que había perdido la virginidad en los lavabos del instituto, habiendo repetido suficientes veces como para considerarme una pequeña experta en el asunto. No obstante, un pequeño cosquilleo de inquietud me recorrió todo el cuerpo cuando, desde algún punto por detrás de la pared del fondo, oí un ligero carraspeo. Sin pensármelo dos veces, me quité la camisa y la falda que llevaba, quedándome en sujetador y braguitas, y abrí el paquete de ropa que me había dado el encargado.

Cual no sería mi sorpresa al ver que dentro había una camiseta transparente, arrapada y tan pequeña de talla que apenas alcanzaba a taparme los pechos. Con ella puesta, parecía que éstos se me iban a escapar de un momento a otro por el generoso escote. Si pequeña y estrecha era la camiseta, la minifalda a juego que la acompañaba no se quedaba atrás: a la mínima que me agachara, se me verían las bragas desde lejos. ¿Cómo era posible trabajar cómodamente con aquel “uniforme”?

Entonces entendí: esa era la novatada. Bien, pues tendría que pasar por ella. Incluso podía ser divertido. Salí así vestida – la verdad es que estaba monísima – y me encontré con mis compañeros de trabajo, tres guapos mozos de entre dieciocho y veinte años que estaban formados en fila india esperando ser presentados. El encargado hizo los honores y pude enterarme que se llamaban Pedro, Pablo y José. Me comentaron que faltaba un tal Johnnie, un tipo muy majo que vendría más tarde y que ya me lo presentarían. Mientras decían esto, no se me escapó que se miraban entre ellos con aire de complicidad. Me entraron unas ganas enormes de conocer a ese tal Johnnie y así se lo manifesté a mis compañeros.

- No tengas prisa – me dijo el encargado – ahora, lo primero que debes aprender es a trabajar la masa de las pizzas. - Ven, yo te enseñaré. – y dicho esto me acompañó hasta la mesa de amasar, que estaba situada frente a un espejo y tenía una palangana llena de harina y unas grasas especiales para darle fuerza a la masa y que después subiera en el horno, según me explicó el mismo encargado. La palangana estaba fijada a la tabla, o clavada, quizás. Echó agua de una botella en el recipiente y me enseñó gestualmente como debía hacerlo. Me hizo una señal, metí mis manos en la palangana y comencé a amasar con todas mis fuerzas. La mesa me quedaba un poco baja y me tenía que agachar ligeramente, con lo que estaba segura de que mis compañeros estaban disfrutando de lo lindo con el espectáculo que podían vislumbrar bajo mi falda. De hecho, a través del espejo veía como no se perdían ni uno solo de mis movimientos. Sentía sus libidinosas miradas en mi culo y comencé a notarme toda mojada y cada vez más excitada, también debido a los movimientos sincopados que hacía al trabajar la masa. Esta estaba casi acabada y me tomé un respiro, girándome para llamar al encargado, quien vino a revisar, con mirada satisfecha, el resultado de mi trabajo.

- Falta el ingrediente secreto – dijo, con una risita, mientras echaba en la masa el contenido de un pequeño frasco que sacó de su bolsillo. – Sigue trabajando. – añadió, y se volvió a meter en un pequeño despacho que tenía detrás de la barra.

Obedecí y seguí amasando, viendo como mis compañeros habían pasado de la observación a la acción, pues estaban sobándose descaradamente la entrepierna mientras continuaban pendientes de mis evoluciones. Yo estaba excitadísima, y me daba un poco de vergüenza que ellos pudieran notarlos, pues tenía las bragas tan húmedas que no podían contener el torrente de flujo que me salía del coño y que se me escurría ya por las piernas para abajo. Intenté sacar una mano de la masa para enjugarme disimuladamente el fluido y, de paso, tocarme un poco el duro clitoris que amenazaba con perforarme las braguitas, pero no podía sacar las manos de la palangana: Por más fuerza que hiciera, me había quedado pegada a la masa. Miré a mis compañeros por el espejo, como para pedirles ayuda, pero por la expresión de sus caras y también por el hecho de que se hallaban los tres con los pantalones abajo y con sus tres pollas sorprendentemente grandes y erectas apuntando acusatoriamente hacia mí, deduje que todo había sido una encerrona.

Con que en eso consistía la novatada. Bueno, podía haber sido peor, pensé. Pero aquello no había hecho más que empezar: Se acercaron los tres hasta quedarse muy pegaditos a mí y comenzaron a recorrerme todo el cuerpo con sus lenguas, mientras notaba en los cachetes de mi trasero como iban frotando voluptuosamente sus vergas, humedecidas ya por la excitación que sentían.

Enseguida una de las pollas encontró su camino y noté como el miembro viril, de un solo y preciso golpe, entró en mi coño hasta el fondo, haciéndome estremecer y soltar un grito de placer y dolor que hizo que mi agresor se excitara todavía más y se removiera arriba y abajo en mis entrañas aullando como un lobo en celo. Los otros dos seguían recorriendo mis curvas con la lengua, hasta que no pude más y tuve un violento orgasmo, al mismo tiempo que el que estaba dentro de mí, creo que era Pedro, que duró un largo minuto durante el cual oí a mi garganta, como si hablara sola o fuera independiente de su dueña, proferir palabras como las siguientes:

-¡ Cabrón, métetela más adentro, que quiero volver a correrme, venga, venga,...¿ Qué os pasa, no veis que tengo el culo vacío, es que nadie va a ocuparse de él ? ¡Tanta novatada y tanta broma y ahora a ver si va a resultar que sois unos gallinas...! ¡Ooooohhhhh! ¡Eso es! Hasta el fondo... – y mientras yo soltaba todo este vocabulario, salido de vete a saber dónde, ellos, como locos, metían y sacaban sus miembros por mis dos agujeros, mientras yo modelaba inconscientemente con la masa de pizza un enorme pene que me apresuró a chupar mientras me corría salvajemente por

segunda vez, entre gemidos ahogados por la enorme masa que me ocupaba la boca, al tiempo que disfrutaba con la visión, a través del espejo, de las caras de placer que mostraban mis compañeros.

-¡Putita novata, vas a saber lo que es follarse!- me susurraban al oído, haciéndome gritar cada vez más, mientras iban perforándome la vagina y el ano con sus taladradoras de carne en erección.-

-¡Y ahora, la leche para el desayuno de este coño tan caliente y hospitalario! – me dijo Pedro, justo antes de comenzar a empujar mucho más rápidamente y de soltar una andanada de semen que me calentó tanto por dentro que no pude por menos que correrme con él mientras le decía, fuera de mí: - ¡ Dámela toda, toda, toda...! ¡Y tú también, el de la puerta trasera, dame tu leche de una puta vez! – Pablo no se hizo esperar y, sincronizándose con su amigo, me llenó el culo de aquel líquido pegajoso y caliente que me volvió loca y me hizo pedir a gritos más y más sexo. En ese momento José se subió a la mesa, acomodó su trasero en el pequeño espacio que había entre la palangana y mi cuerpo, pasando las piernas entre mis brazos y dejándolas colgando, de forma que ante mí se alzaba una polla monumental, con un glande hinchado y rojo que me puso en los labios, mientras con sus manos empujaba mi cabeza hacia la mamada descomunal que no tardé en hacerle.

La corrida de José fue de campeonato; me atraganté y todo con la gran cantidad de esperma que salió de aquella imponente verga, que me sobresalía de la boca y me manchaba la barbilla y el uniforme. Pedro y Pablo también pasaron por mi boca, llegando a tragar tanto semen que parecía realmente que hubiera desayunado cuatro o cinco veces, de llena que me sentía. Mientras, José me penetraba con suma delicadeza tres veces por el culo, tres por el coño, tres culo, tres coño, hasta que le grité que pasara de las cuentas y fuera a saco, que quería que se corrieran todos conmigo, cosa que hicimos los cuatro treinta segundos más tarde, armando tanto escándalo que inevitablemente llamamos la atención del encargado, que salió del despacho y se nos quedó mirando fijamente.

Un sudor frío me invadió. Allí terminaba mi primer trabajo, seguro. Pero mis compañeros, apartándose de mí, miraron al hombre y me miraron a su vez, y entonces entendí que él también estaba en el ajo. Se desabrochó lentamente el pantalón, metió su mano allí donde todos sabemos y, cuando la sacó, tenía en ella un palo enorme y sonrosado, que era - así que me fijé mejor pude reconocerlo - el pollón más grande que yo había visto nunca. Era como el de un caballo, un poco curvado hacia arriba y estaba hinchado como si estuviera a punto de reventar.

- Saluda a Johnnie, perra.- dijo el encargado, con una voz aterciopelada y un tono suave y acariciador que me hizo soltar un chorro de flujo que me llegó hasta la rodilla. Así que ese era Johnnie. Pues mucho gusto.

- Ho...hola, Johnnie. ¿CÓ...como estás? – logré musitar, entre gemidos.

- Vamos, pídele un deseo, Johnnie es un tipo muy generoso con las chicas guapas y calientes en su primer día de trabajo. Vamos, ¿ no me has oído?

- ¡ Quiero que me folles, Johnnie, quiero que te metas todo tú dentro de mí, que me atraveses con esa bestialidad de cuerpo que tienes...! – le dije, fuera de mí.

- ¡Concedido!

Dicho y hecho: de repente noté como si me desgarraran por dentro, como si una fuerza superior, una energía desconocida, me abriera de piernas al máximo y me levantara en pompa, quedándome con los pies en el aire y sin poder moverme ni una milésima de milímetro, de lleno que tenía el coño de aquella increíble picha que ahora comenzaba a moverse y me volvía loca por momentos. Por entre mis párpados semicerrados, pude observar que uno de mis compañeros echaba el contenido de un sobre en la masa donde yo aun tenía las manos y que ésta, casi

automáticamente, se deshacía, dejándome ¡al fin! las manos libres. Libres es un decir, porque inmediatamente se ocuparon con las pollas de Pedro y de José, situados uno a cada lado de mí, mientras enfrente se colocaba Pablo, el cual me puso, como no, su verga en la boca, que chupé, lamí y besé al ritmo de los atroces empujones de Johnnie, cuyo dueño me tenía empalada y flotando por la habitación, sin tocar de pies en el suelo, en el sentido literal de la expresión. Nos fuimos desplazando los cuatro en esta postura por toda la habitación a capricho del encargado, que era quien dirigía la comparsa, hasta que nos quedamos encajados en un rincón de la pizzería donde Johnnie soltó la carga de “mozzarella” que le sobresalía ya del depósito, mientras me empujaba salvajemente contra los penes de mis compañeros que, en aquel mismo momento, comenzaron a gritar y a correrse vivos, mojándome la cara y las tetas al tiempo que yo me corría por enésima vez, con un largo y sostenido orgasmo que me dejó fuera de combate durante un buen rato.

Lo mismo les pasó a mis bromistas compañeros, que intentaban recuperar el aliento, cuando, de repente, oímos abrirse la puerta de la calle, seguida de una voz que decía:

- Buenos días. Cuando hayan terminado, pónganme una cuatro quesos, por favor.

HISTERIA DE UNA HUELGA

La mulatita que se hallaba ensartada en el mástil de su verga y que gritaba con mecánico acento habanero "Papi, papi, dame más...", (las mulatas del Caribe para abajo, como todo buen conocedor del puterío sabe, utilizan esta expresión claramente incestuosa en lugar de "Dame más" o "Trémpate ya, que tengo otro cliente esperando...", o cualquier otra frase más o menos tópica adecuada a la situación que nos ocupa) paró repentinamente el movimiento cadencioso de su nalgamen y le comunicó con toda naturalidad el cese de las actividades laborales en el prostíbulo por causa de una huelga indefinida de chichis caídos convocada para las doce de la noche. Las conversaciones con la patronal macarra habíanse estancado el día anterior y la Virtudes, una mariquita operada más roja que Durruti y cuyas únicas virtudes eran las del nombre, habíase levantado de la mesa de negociaciones y estrellado un puñetazo con música de pulseras mientras juraba y perjuraba, en su nombre y en el de sus compañeras, que iban a movilizarse, y esta vez de verdad. "Qué ironía, - pensó Aristóteles Cendra echado en la cama de alquiler, mirando como su miembro se doblegaba y arrugaba ante la creciente escalada de conflictos laborales - les dan la consigna de movilizarse y van y se quedan quietas..." "Eso sí, - le oyó decir a Melita desde el baño - él había pagado por adelantado y tenía derecho a una corrida con ella. ¡Aunque fuera de toros...!" "Y encima graciosa, la muy puta... Así que cuando terminara la huelga, él podría volver y cobrar lo que se le debía, en especie, claro está. Mientras se vestía en silencio, se le ocurrieron mil protestas, insultos, amenazas, coacciones, violencias incluso, hasta el punto en que sus ojos despidieron chispas y de sus labios salió un furibundo: "Buenoooo, si no puede ser, pues ya volveré cuando todo esto acabe. ¿Me das un beso...? Ah, no, claro, claro, la huelga...nada, no he dicho nada... Adiós."

Salió al pasillo, lleno de puertas iguales con números correlativos pintados encima, consolándose con la idea de que la imagen, fugaz, pero imagen al fin y al cabo, de Melita encima de él le daba para unas cuantas semanas de pajas en el lavabo de la oficina, adonde iba a menudo a fumar, - él no fumaba - cuando se encontró, de sopetón, con un guardia civil frente por frente. Su primera reacción fue cagarse encima de miedo, pero logró controlar sus esfínteres el tiempo justo para darse cuenta de que el pico salía de la habitación correspondiente al número sesenta y nueve, que curiosamente siempre se encontraba reservada u ocupada; "Es que es de un cliente muy, muy bueno", le había dicho al respecto la chica de recepción. Además, y para tranquilidad suya, el hombre iba medio vistiéndose y jurando en voz alta, con unos improperios y palabrotas que escandalizaron a su delicada alma de exseminarista. Realmente, no eran dignas de su uniforme. ¿O sí? De la puerta entreabierta de la habitación sesenta y nueve le llegaron unos gritos femeninos de dolor y pánico. Por lo visto el huésped no se andaba con chiquitas y habíale atizado de lo lindo a la inquilina. ¿Consideraría la Virtudes que el hecho de defenderse también iba en contra del sagrado derecho a la huelga? No tuvo tiempo de contestarse a sí mismo semejante cuestión, puesto que el individuo le espetó a la cara, sin presentación previa, como si lo conociera de toda la vida: "¿Y, usted, qué mira? Supongo que le habrá dado lo suyo a la guarra de la Melita, ¿no?" Y sin esperar su balbuceante respuesta, se metió en la habitación y, viendo a la de marras vivita, coleando y duchándose tan fresca, sin ni un cardenal que enseñar orgullosamente en la próxima reunión de las huelguistas, la agarró del pelo, la sacó a rastras de la bañera y la llevó fuera, al pasillo, ante él, no sin antes propinarle un par de bofetones que le arrancaron otro "Papi, papi...", esta vez con una clara intención de despertar en el agresor sentimientos paternalistas que pararan el aluvión de palos que estaba recibiendo. Porque después de los bofetones vinieron unos cuantos puntapiés en aquel hermoso trasero... Dios mío, que se le hubiera curado ya cuando él volviera...

Cuando aquel energúmeno se cansó de pegar a la chica, hizo un gesto imperativo a Aristóteles para que siguiera atizando él a la mulata. En ese momento, un felino de enormes proporciones subió, aullando y bufando, la escalera y saltó a la carrera sobre la cara del policía, que cayó al suelo intentando zafarse de las uñas y los dientes de la fiera. Porque así era como llamaban a la Virtudes: "La fiera". La Melita, viéndose libre, se le puso una cara de guerrillera en Sierra Maestra que para qué os voy a contar y comenzó a saltar sobre las partes nobles del hombre, dejándole caer encima todo el peso de su cuerpo caribeño. Entonces salió la chica de la habitación sesenta y nueve, con otros tantos moratones repartidos por todo su cuerpo de silicona, chillando histérica y uniéndose a la pelea. Pero llevaba los ojos tan hinchados de los golpes recibidos que no veía donde arañaba y pegaba y allí volaban los cuadros de la pared, los ceniceros de pie del pasillo y todo lo que se ponía por delante.

Mientras tanto Ari - en la oficina le llamaban así y estaba super orgulloso de ello, no había que olvidar que los únicos en la empresa que tenían apodo eran él y Bobby, el pastor alemán que guardaba la entrada de la factoría - se hallaba en un estado de ensimismamiento tal, allí plantado, quieto, observando como tres cuerpos semidesnudos se ensañaban con un cuerpo semivestido, que se sorprendió a sí mismo - ¡Ah, pillo, pillo! - con una barra de acero entre las piernas, a la misma altura donde solía estar aquella polla flácida que nació con él. Barra de acero que pronto refulgió al aire libre, en la mano de su ¿dueño?, presa de una extraña excitación que le producían los hechos que estaba presenciando. El glande ya no era *plequeño*, era *glandísimo*, y la mano que lo empuñaba era la mano de otro hombre, un superyo que había descubierto su verdadera sexualidad, un amo durísimo que pronto engrosaría la sección de contactos sadomaso de los periódicos de mayor tirada, una bestia sexual experta en nudos marineros, bozales de castigo y quemaduras en la piel del prójimo hechas con cigarrillos emboquillados, un futuro camionero bigotudo y culturista al que le sobrevino un orgasmo apocalíptico cuando vislumbró, entre la pila de carne sudorosa, una teta postiza chorreando silicona por un agujero de uña que había dejado medio colgando al pezón correspondiente.

Ari regó generosamente con su esperma a los contendientes, que iban a lo suyo, se subió la cremallera, se guardó el miembro, se dio cuenta de que lo había hecho al revés y por lo tanto se había pillado los huevos, soltó un grito y se volvió a correr de gusto y dolor. ¿Le iría también el rol de esclavo? Tiempo habría de comprobarlo. Escupió desdeñosamente a los otros, que ya no les venía de un líquido más o menos, y se marchó. Estaba seguro de que no volvería a aquel local de mierda. O quizás sí..., bien pensado, le había parecido advertir en los labios de Melita un rictus como de medio gustirrinín mientras recibía estopa de manos del picoletto. Sí, volvería a cobrar lo suyo y a lo mejor cambiarían algunas cosillas...

Y ahora, en la oficina, Ari es el señor Cendra, director de la empresa, y Bobby es Roberto, fiel cánido vigilante jurado de la misma. Y todos los demás empleados tienen apodos.

HISTERIA FINAL

Ayunata Cándida de las Mercedes era una mujer mala. Ya el día en que nació, graves designios tuvieron lugar en la pequeña aldea de Cornualla y sus alrededores. Hubo un eclipse de sol al mediodía, no previsto por los astrónomos y sí por la vieja Restituta, *de joven, puta, y de vieja, pendeja*, como cantaban los jóvenes en sus rondallas nocturnas de los sábados. La anciana tenía harto merecida fama de hechicera, mas no sobrevivió a esta su última predicción, pues la encontraron muerta la misma mañana del día del nacimiento. Había sido gracias a uno de sus mágicos filtros por lo que la mamá de Ayunata quedóse preñada de ella, aún cuando su marido hallábase de guerrillas en el otro extremo del país desde hacía por lo menos dos años. A nadie extrañó ni se dudó de tal milagroso hecho, pues Restituta se había ganado con creces, a lo largo de su azarosa vida, el respeto de todos, inclusive el del cura, don Anuncio de Guevara y Trotón de la Sierra, descendiente de españoles y hombre de talante liberal donde los hubiera, a quien no pocas reprimendas le había costado esta admiración suya, recibidas de boca del obispo, un gordo meapilas que había medrado la mitad de su vida para pasar la otra mitad a cargo de la diócesis, según pensaba y propagaba don Anuncio cuando se contradecían sus opiniones con las de su inmediato superior, que era tanto como decir siempre.

El parto tuvo lugar al atardecer, en el intervalo entre el fin del eclipse y el ocaso. Un viento huracanado barrió la zona ya desde la mañana, llevándose el alma de la vieja Restituta y secando la cuarta parte de los viñedos, propiedad de don Anselmo Antuvo Moliente, el más poderoso e influyente cacique local, que no se hablaba con la bruja desde que tuvieron amoríos en su juventud, pues habían crecido y jugado juntos desde niños, por ser hija Restituta de una vieja aya de cría del padre de Anselmo. Ya crecidos ambos, Anselmo la abandonó por una joven y rica heredera de la capital, que murió a los pocos meses de casada, decían los temerosos vecinos que a causa de un maleficio provocado por Restituta, a lo que ésta declaraba que *fue por demasiado estrecha, delicada y pazguata para macho tan bruto y bien dotado como mi Anselmo*. No volvieron a verse. Tan sólo se comunicaban cuando el hacendado necesitaba desencadenar algún cambio climatológico por imperativos de la cosecha. Entonces mandaba llamar al cura y manifestábase sus deseos, haciendo de paso una generosa donación a la parroquia. Don Anuncio avisaba del mandado a Restituta por mediación de la futura mamá de Ayunata, Palmira, una mulata tan creyente en lo sobrenatural como ardiente y descarada en lo terreno. Una buena parte de estas sumas iban a parar al bolsillo de Restituta, en pago a sus intercesiones ante la Madre Naturaleza. Guardó la vieja estos ahorros durante toda su vida, llegando a acumular una respetable cantidad, pues vivió en la miseria desde que marchó, despechada, de la hacienda de los Antuvo. Hasta el fin de sus días Restituta habitó una antigua cabaña de pastores semiderruida, en compañía de su fiel sirvienta Maritornes, una negra caribeña que había huido de su supersticioso país natal acusada de hechicería, nigromancia, cartomancia y de bailar desnuda en compañía de los mozos de su pueblo, en un supuesto aquelarre repleto de excesos orgiásticos.

Una semana antes de morir, mandó llamar Restituta a Palmira y, en presencia de Maritornes y de Pedro Porras, el buhonero, hombre que nunca en su vida había mentido y que hacía las veces de improvisado notario en transacciones importantes, hízole entrega de los dineros economizados, mientras decíale estas palabras:

- Palmira, esto es para tu hija, porque será niña. Se lo entregarás el día en que cumpla doce años. Puedes coger hasta entonces lo justo para manteneros las dos, aunque no te hará falta, pues la niña viene con la suerte de cara, aunque sólo para sí misma. Mientras esté contigo no te faltará de nada. La niña tiene un padre, que es el señor de Antuvo y Moliente, pues de ahí viene la semilla empleada en su concepción, conservada en mí durante casi cincuenta años. Por tu marido no te preocupes, ya que ayer se me apareció en sueños y me rogó te manifestara su amor, diciéndome que se iba y te dejaba, pues lo habían sorprendido y muerto en emboscada en un burdel de la sierra,

abrazado y traicionado por una furcia que no entendía de política ni de bandos rebeldes o gubernamentales. A la criatura la llamarás Ayunata, en memoria de mi madre, muerta de hambre por el ayuno forzoso que se impuso a sí misma en un ataque de cuernos. Será una mujer mala para todos, menos para sí misma, pero los que la sufrirán no merecerán mejor trato ni destino que el que ella les proporcione. Eso te excluye a ti y a los tuyos. Ahora ve, que la hora final se acerca.-

El día del alumbramiento, Palmira se levantó por la mañana y puso la sartén al fuego. Cascó dos huevos, con la intención de revolverlos, y salieron de los agujeritos sendos chorros de sangre y agua, que cuajaron inmediatamente sobre el fogón. Entonces comenzó el eclipse. Palmira conoció que era llegado el momento y se acostó a esperar. Al cabo de una hora llegó la sirvienta Maritornes, con las órdenes póstumas de su señora de no morir por lo menos hasta que Ayunata tuviera su primer hijo y educarla y servirla fielmente hasta entonces. En ese momento llamaron a la puerta. Fue Maritornes a abrir y volvió con el médico y una carta del gobierno, en la que se le anunciaba la muerte, a manos de facinerosos, del famoso capitán rebelde don Cándido de las Mercedes, en una venta próxima a la frontera. Nunca, pensó Palmira, había oído una definición tan exacta de sus actuales gobernantes como ésta, escrita de su mismo puño y letra.

Apenas escondíase el último rayo de luz solar en el horizonte y ya aparecía una rubia cabecita por entre la piernas de la mulata Palmira. Don Mateo Cánamo, licenciado en Medicina y amigo y frecuente interlocutor de don Anuncio, el cura, puso a la recién nacida sobre el vientre de su madre, giróse a buscar con qué cortar el cordón umbilical y, cuando volvió de nuevo la cabeza, encontróse con éste ya cortado, anudado, limpio y cicatrizado. No dijo nada, tan sólo se limitó a rezar por lo bajo una jaculatoria que aprendió de chiquillo por el eterno descanso del alma de Restituta, lo cual, viniendo de alguien con la fama de pagano y descreído que poseía don Mateo, decía mucho de la difunta hechicera y sus merecimientos en vida. Cuando la niña abrió los ojos y prorrumpió en la primera llantina, Maritornes cayó desvanecida al suelo. En recobrase, echóse la mano al pecho y sacó un viejo miniretrato, dibujado al carbón, en el que podían verse Restituta y Don Anselmo cuando ambos debían de tener no más de seis años. La niña era la viva imagen de Anselmo, que en el retrato aparecía rubio, con enormes ojos grises y de mirada tan decidida como su ambición, que más tarde desarrollaría multiplicando sus posesiones y las de su futura y breve esposa. De su madre había heredado la recién nacida la piel morena y unos curiosos lunares bajo las uñas de manos y pies símbolo, según una antigua tradición, de larga vida y espiritualidad profunda.

En aquel momento sonó un trueno que duró unos diez minutos, durante los cuales se paró el tiempo y se adelantó una semana la estación de las lluvias, cayendo un implacable aguacero que duraría justo hasta el momento de la entrada de Ayunata en la casa paterna. Abrióse la puerta de golpe y en la entrada, una figura enorme, enlutada, con lágrimas en los ojos y apoyándose en un bastón de mando con empuñadura de nácar, pidió permiso para entrar y tener una conversación a solas con Palmira.

- Entrad, don Anselmo, bienvenido seáis a esta humilde casa - dijo Palmira desde la única cama de la única estancia. Y añadió, con tono autoritario - Los demás, dejadnos solos, pues tenemos asuntos importantes que tratar.

Don Anselmo, cabizbajo, dejó resbalar hasta el suelo el negro impermeable que llevaba sobre los hombros y esperó a que los otros salieran al porche, cerrando la puerta tras de sí. Entonces levantó la cabeza, miró a Palmira fijamente, ya más sereno, y dijo:

- Sé, y no me preguntes cómo, que tu hija es también mía.- Aquí hizo una pausa, como buscando las palabras - Vengo a proponerte un trato. Venid a vivir las dos conmigo a mi hacienda. No ha de faltaros de nada a ninguna. Adoptaré a la niña y le daré mis apellidos. Será mi heredera universal. Tendrá la mejor educación y un buen matrimonio. Y nos dará nietos a los dos. Sangre de

mi sangre que perpetuará la especie de los Antuvo y todo...todo gracias a esa santa que ha muerto hoy olvidada y maldecida...

Don Anselmo estaba sollozando, quizás por primera vez delante de una mujer. Pero Palmira no se arredró. Sabía lo que debía decirle a su interlocutor, hombre duro y sin escrúpulos aunque ahora, de repente, le hubiesen caído encima de golpe todos los achaques de sus sesenta y tantos años. Y por Dios Santo que iba a hacerlo.

- Escuchadme, señor todopoderoso - comenzó, atrevidamente - ni mi hija ni yo necesitamos de dinero ni favores. La pequeña se llamará Ayunata, por la madre de Restituta, - aquí a su interlocutor pareció perderse la mirada en lejanas memoranzas - Ayunata Cándida de las Mercedes, también por mi difunto marido, hombre valiente, noble e idealista, a ver si así hereda alguna de estas cualidades que por sangre no tendrá. - el viejo hallábase demasiado cansado para protestar por esta ofensa, por otra parte nada desencaminada - En cuanto a los apellidos, justo es que sean los vuestros pero, para evitar habladurías que podrían perjudicarla en el futuro, me tomaréis en matrimonio cuando pase el tiempo acostumbrado por el luto de nuestros muertos. Yo conservaré esta casa en propiedad y los campos que la circundan, pudiendo venir aquí cuando y con quien se me antoje. En cuanto a Maritornes, será la encargada de educar y cuidar a la niña, por expreso deseo de Restituta. Es mi última palabra.-

Don Anselmo, con los ojos echando chispas por el sentimiento de humillación que le embargaba, recogió su impermeable, se arrebozó en él y, tras una leve inclinación de cabeza a modo de saludo y una última mirada a la hija con que el destino le favorecía, salió como alma que se la lleva el diablo.

Todo fue según lo dispuesto, Don Anselmo y Palmira casáronse para mantener las formas. Dormían separados y Palmira mantenía su antigua casa con todos los recuerdos de su primer marido, conservados cual reliquias de santo. Su pasatiempo favorito era la contratación de trabajadores para las plantaciones de su esposo, todos jóvenes y robustos, de los cuales se encaprichaba temporalmente, distinguiéndolos con sus favores y visitando con ellos el *museo*, nombre con el que ya era conocido entre la servidumbre aquel lugar consagrado al pecado. Allí los vestía con las ropas del capitán Cándido María de las Mercedes y representaban juntos el último acto de la vida de éste. Evidentemente, ella representaba siempre el papel de furcia, rol para el que estaba especialmente bien dotada. Cuando notaba que el galán de turno desfallecía en sus prestaciones, Palmira no se alteraba, lo mandaba de vuelta al trabajo y seleccionaba la siguiente víctima. En cuanto a la niña, estaba claro que había heredado las artes de su benefactora, Restituta, pues hablaba con los animales antes de que supiera articular palabra, provocaba lluvias cuando convenía a los intereses de la hacienda y movía los objetos sin tocarlos con las manos ni con parte alguna de su cuerpo. La cada vez más vieja Maritornes regulaba y acrecentaba estas habilidades, enriqueciéndolas con conocimientos de cosecha propia. Todo esto bajo la atenta mirada de complicidad de Mateo Cánamo y Don Anuncio, encargados respectivamente de la formación humanística y espiritual de la pequeña.

Pero esta armonía aparente que reinaba en la casa no era más que la calma que precede a la tempestad, en las vidas de unas gentes que se hallaban marcadas por la tragedia y los errores cometidos en el pasado. El día en que la niña Ayunata cumplió doce años, se levantó y le dijo a Maritornes, mirándola desde el fondo de los ojos:

- Esta noche, una mujer que decía llamarse Restituta se me ha aparecido en sueños y me ha dicho que hoy comenzaba mi misión en la vida, que hiciera lo que creyera justo. - Y se dirigió, levitando por el pasillo, hacia el comedor, donde comenzaban a llegar los invitados a la comida de su aniversario. La cosa era seria, pues Ayunata tan sólo había levitado tres veces en su corta vida.

Una cuando las inundaciones, otra cuando la primera huelga de sastres y modistas y la tercera, el día que la vaca parió dos cochinitos, justo al terminar la guerra. Y ésta.

Transcurrió la mañana con las llegadas de los asistentes a la celebración y consecuentes entregas de regalos para Ayunata. De todo le trajeron: zapatos de piel de cordero muerto en Viernes Santo, día de abstinencia carnal, que tenían la virtud de refrenar los impulsos amorosos y amortiguar el mal olor de pies; muñecas de Juguesco, con sus correspondientes alfileres para castigar a enemigos o embromar a los amigos, un diario, vestidos, ungüentos, perfumes y un sinfín de variados presentes para la hija de uno de los caciques más temidos y poderosos del país.

Sentados ya a la mesa, cayeron en la cuenta de que faltaba Palmira. Fue uno de los criados a buscarla a su habitación, a sabiendas de que no estaría, pues los criados lo saben todo y más lo que no deberían saber. Efectivamente, *la señora no se halla en su habitación, es más, no ha dormido allí*. Un soplo de sepulcral silencio traspasó a todos y cada uno de los comensales, interrumpido por un brutal puñetazo en la mesa, propinado por Don Anselmo. De sus labios brotó un horrible y sacrílego juramento, aprendido en su juventud de boca de un prestamista judío y que guardaba para ocasiones especiales como ésta. El cura santiguóse, musitando una plegaria y disculpando a su anfitrión ante el supremo Creador por lo extraordinario de la situación, según creía él, aunque la verdad era que Palmira no dormía en su cuarto más que algunos días al mes, sospechosamente coincidentes con su ciclo menstrual. Cualquiera de los invitados hubiera dado lo que fuera por poder cambiar de tema en aquel momento, pero no había ninguna conversación en la mesa que cambiar, tan sólo una creciente y espesa tensión que se hubiera podido cortar con el cuchillo de punta roma que esperaba en una mesita anexa, junto a la tarta de cumpleaños.

El sonido de un carruaje que paró frente a la entrada principal pareció aliviar momentáneamente la situación, pero las risas de Palmira, francas, estentóreas y agradecidas para con su compañero de cama y cochero de la casa, un enorme y musculoso negrazo que la estaba ayudando a bajar del carro, borraron toda esperanza. Don Anselmo, seguido de toda una corte de curiosos invitados, salió al amplio porche para recibir como se merecía a la libertina de su esposa. En ese momento una menuda figura se deslizó, sin tocar el suelo, por la escalinata, desde el porche hasta el pie de la carreta. Ayunata tomó cariñosamente la mano de su madre y miró hacia arriba, justo en dirección a su padre, quien levantó su bastón y abrió la boca, con la intención de manifestar su desacuerdo con el comportamiento de Palmira. De lo más hondo de sus cuerdas vocales salió un rebuzno tan atronador que, de no haber sido por el fornido cochero, hubiera incluso encabritado a las mulas. A este rebuzno siguieron otros, hasta que Don Anselmo consideró que había dicho lo que la situación y su mancillado honor requerían, coreado en todo momento por los animales de la caballería, que creían haber descubierto a un nuevo amigo en la voz de su amo. Los invitados aplaudieron a rabiar, seguros de que era cosa preparada para goce y divertimento en día tan señalado. Después, entraron al comedor tras de Ayunata y Palmira que, cogidas de la mano, avanzaron graciosamente hasta la mesa del banquete. Don Anselmo quedóse en el porche llorando amargamente, agazapado en el suelo. Palmira le disculpó ante los otros, alegando que necesitaba recobrar el aliento, tras tan esforzada imitación. Sentáronse a la mesa, listos para disfrutar de una copiosa y exótica comida, que había preparado minuciosamente Maritornes, siguiendo los dictados de su ama Palmira. Como entrantes, se sirvieron huevos de ornitorrinco escalfados en consomé de peyote y otras hierbas alucinógenas, plato al que se le suponían virtudes de liberador de tensiones y barreras entre quienes lo compartieran, como muy bien se demostró al cabo de un rato, cuando don Anuncio, el cura, despojado de su hábito y desnudo como vino al mundo, bailó una danza africana con una de las criadas para deleite de todos, creyentes o no, antes de desaparecer en un armario en compañía de su nueva feligresa. Fue muy celebrada esta segunda actuación del día, y aún ahora en Cornualla se conserva un daguerrotipo del *Cura bailando la danza del miembro* (así fue titulado por

uno de los descendientes de Mateo, Diego Cánamo, que guardó y restauró el citado daguerrotipo, protegiéndolo y escondiéndolo durante el período de persecución de imágenes obscenas que tuvo lugar en la segunda mitad de siglo) en el museo diocesano.

Todos se preguntaron como había logrado Don Anselmo ocultarles tantos años aquella sorprendente vena histriónica con que nuevamente les atacaba desde el porche. Esta vez entró por un ventanal, empuñando la escopeta de matar osos. Miró con ojos lívidos de rabia a Palmira y dijo algo que sonó parecido a un embrujado híbrido de palabra humana y gruñido de marrano en el matadero. Algo así:

- ¡ Putaaaaooooooooiiiiink ! -

Ayunata le miró ferozmente, mientras él apuntaba la escopeta hacia Palmira, que se hallaba impartiendo instrucciones a Maritornes para que se sirvieran ya los primeros platos. Del cañón del arma comenzó a salir humo, al tiempo que un olor como a soldadura se esparcía por la cámara. El metal fundióse en cuestión de segundos, cayendo, horadando y quedándose a vivir en el pie izquierdo del sufrido y temperamental cornudo. Don Anselmo, gritando y cojeando de dolor, volvió a salir afuera, a su puesto de sollozo, seguido por una gran ovación de sus huéspedes, la mayoría de ellos en evidente estado de embriagueces varias.

Los primeros platos aparecían ya por la puerta de la cocina y el cura por la del armario, aliviado de años de cristiana abstinencia y ataviado con un antiguo vestido de fiesta de Palmira que había encontrado mientras se revolcaba con la sirvienta, en un vano intento de convertirla a la verdadera fe. Don Anuncio comenzó a bailar otra vez y arrancó un gran caldero de humeante sopa de tortuga, cocinada al hinojo borde, de las manos de uno de los criados, yendo a servir a Ayunata y su madre, quienes reíanse como locas, regocijadas ante el divertido comportamiento del cura. No bien hubo acabado de llenar los platos, y en intentando realizar un complicado paso de baile, tropezó y se enredó los pies con el rosario que antes, al despojarse de ropajes y abalorios anexos, él mismo tirara descuidadamente al suelo. En un intento reflejo de parar su caída con las manos, soltó el caldero y éste fue a parar a la cabeza de Don Anselmo, que entraba en aquel justo momento, con la espada desenvainada y el pie rezumando acero. Encasquetósele el culinario artefacto en la testa, haciéndole bonito incluso, pues le daba al conjunto un aire como de caballero medieval buscando la sustraída llave del cinturón de castidad de su dama. El desgarrador aullido que profirió al quemarse quedó de lo más apropiado a su nuevo disfraz, confiriéndole la fiereza de un guerrero cruzado matador de infieles. Finalmente, don Anselmo optó por retirarse definitivamente al que era ya su rincón en el porche, entreteniéndose durante un rato en darse metálicos cabezazos contra la campana del timbre, hasta que el sueño le rindió en el jergón de su mastín favorito, del que se levantaría sin recordar nada de lo acontecido y lleno de pulgas.

La fiesta continuaba dentro, esta vez con unos picantes versos que Mateo Cánamo recitaba subido a la mesa, con un pie en la ensalada y el otro sobre el dorado mantel de las grandes celebraciones. Uno de los invitados parecía haber perdido algo de valor entre las piernas de Palmira, quizá un diente de oro, a juzgar por el ímpetu de sus movimientos de cabeza. Cuando Palmira consideró que ya era hora de haberlo encontrado, le agarró por el pelo con la intención de apartarle la cabeza, (pues quería levantarse e ir al baño a refrescarse sus partes) quedándose con la cabellera del olvidadizo comensal en la mano, y luciendo éste una sonrosada calva debajo que indujo a sonoras risotadas a los espectadores, e hizo que Mateo Cánamo interrumpiera sus versos momentáneamente para tejer un gracioso símil entre la cabeza del despistado y el yelmo de Mambrino del Quijote, ocurrencia que hizo huir al calvo hacia las cocinas, decidido a seguir su búsqueda en otro triángulo secreto que la fortuna pusiera al alcance de sus hocicos.

Llegaron los segundos platos, consistentes en variaciones de mariscos, pescados hacía sólo horas en el puerto de mar más cercano, La Playita de Cornualla, cuyo original y rebuscado nombre

era conocido en los círculos de gente adinerada por tener en su municipio el más famoso balneario para sífilíticos del mundo, donde iban a morir, entre grandes bacanales, los pudientes viciosos que preferían despedirse de este mundo con las botas puestas, que no con los sacramentos. Pronto, los sonidos de chupeteos al molusco ahogaron el final del improvisado recital de poesía erótica, final por otro lado bien previsible, y el ilustre licenciado Don Mateo Cánamo Bahamondes sentóse en la silla contigua a la de la niña, ocurriéndosele una idea tan poco afortunada como la de, siguiendo quizá con su formación humanística, deslizar su traidora mano derecha bajo el virginal vestido de Ayunata. Esta lanzóle una mirada cargada de fuego a los ojos y un escupitajo cargado de desprecio a la boca, abierta en voluptuosa mueca de deseo, que se cerró y volvió a abrirse en cuestión de segundos, mostrando un polvillo blanco que se escurría, cual vomitona de bebé, por las comisuras de los labios del licenciado, cayendo en cascada sobre el plato de mariscos. No era sal, como pensaron algunos perplejos convidados, sino lo que quedaba de la dentadura de Mateo, que la encantada saliva de la niña había atomizado, como castigo a las prebendas que el buen doctor había decidido tomarse. Por suerte para él, la dentadura era postiza. No así la mano de debajo del vestido, aquejada desde entonces de una urticaria galopante que le había de acompañar hasta su muerte, llegando al extremo de, cercana ya la hora final, hacerse arrancar las uñas de la otra mano para no rascarse las purulentas heridas de la diestra.

Estos y otros hechos festivos transcurrieron durante la comida, hasta que llegó el esperado momento de la tarta de cumpleaños. Apagáronse misteriosamente las luces y encendiéronse solas las velas del pastel, al tiempo que una música sacra tocada del revés salía de no se sabe dónde. Ayunata formuló un deseo, para sí, que proyectó mentalmente a los allí presentes. Todos comenzaron a entrar en una especie de trance hipnótico, reviviendo el pasado y vislumbrando el futuro hasta el momento de su muerte; gritando, revolcándose, riendo y llorando, según el pasaje que estuvieran contemplando en ese instante.

Por el camino que conducía a la hacienda de los Antuvo venía, en lujoso carruaje, Don Eubaldo Tesón Barbilampiño, a la sazón obispo de la diócesis de Aguazabán, el cual habíase retrasado por haber tenido que administrar los santos óleos a una impertinente moribunda que llevaba siéndolo desde hacía casi dos años. Venía maldiciéndola, pues por su culpa iba a perderse lo mejor del banquete, y si algo amaba Don Eubaldo eran los placeres de la buena mesa. Sus casi ciento veinte kilos de humanidad, contenidos en apenas metro y medio de estatura, daban buena fe de ello. A punto ya de llegar a su destino, oyó gran algarabía y asomóse por la ventana del carruaje, observando, entre las pocas luces del atardecer, a sirvientes y trabajadores de la casa corriendo despavoridos en dirección contraria, gritando e invocando a dioses paganos y santos cristianos, pues buena era la ayuda, viniera de donde viniera, tal era la filosofía de aquellas sencillas gentes. Don Eubaldo no creía en brujerías ni en el demonio, por la sencilla razón de que no creía en nada que no fuera comer bien, vivir mejor y llenarse los bolsillos con donativos y diezmos de almas piadosas, que él saqueaba a placer. Paróse el carruaje a cien metros de la casa, pues su cochero y sacristán del Altar Mayor había optado también por huir tras de una moza que, gritando como una posesa y con los ojos extraviados, corría en la dirección del pueblo. Mascullando por lo bajo, su oronda figura hizo a pie el resto del camino, subiendo trabajosamente la escalinata principal y asombrándose de ver a Don Anselmo con tan extraño sombrero, acurrucado con el perro y durmiendo los dos a pierna suelta. Intentó despertarle, zarandeándole, pero sólo logró arrancarle un gruñido amenazador, como

de fiera herida. Al principio pensó que se trataba de una broma, pero cambió de parecer cuando el perro, un mastín de pura raza, abrió los ojos y dijo, con la voz de Don Anselmo:

- No os atreváis a molestar a mi amo, pues debajo de este caldero duerme una personalidad atormentada por las infidelidades de su esposa, y conoce las veces que vos, Ilustrísima, le habéis hecho proposiciones deshonestas tanto para ella como para vos mismo y el cargo que ocupáis. No abuséis de vuestra suerte y entrad, pues os esperan hace rato.- Y volvió a dormirse, reposando la cabeza en el pie de acero de su amo, no sin antes limpiar de un rápido lengüetazo un resto de sopa de tortuga encharcado en el empeine. El obispo, en estado mental perplejo, que es un grado menos que catatónico, empujó la puerta y penetró en la casa. La primera visión que tuvo fue la de Don Anuncio, vestido de mulata festivalera, pintando con salsa de mango una mujer desnuda en una fina servilleta, clavada en la pared del amplio recibidor a guisa de lienzo. Y es que éste había podido ver su destino, que era colgar los hábitos y dedicarse a pintar eróticos desnudos de aristocráticas gordas sin cobrar nada por ello, tan sólo beneficiarse de sus favores y tener el plato en la mesa. Don Eubaldo, confundido como estaba, renunció a llamar al orden a su subalterno y decidióse a entrar tímidamente en el comedor. Lo que vio sólo podía ser obra del diablo, con ayuda de alguien más. Pedazos de tarta de cumpleaños volaban en círculos, con siniestras velas encendidas atravesadas encima, para ir a estrellarse finalmente contra un gran cuadro de la Santa Cena cuyo Jesucristo tenía la cara de Cándido María de las Mercedes, a quien él, Eubaldo, había hecho perseguir y dar muerte a traición por su ideología claramente revolucionaria, y que miraba con expresión de rencor y lástima a un Judas rechoncho e hinchado que intentaba esconder las treinta monedas de plata en los pliegues de un hábito de obispo avaricioso cuyas facciones eran calcadas a las del hermano gemelo de Don Eubaldo que, huelga decirlo, jamás había tenido. Cayó de rodillas nuestro clérigo y, desde su nueva posición, pudo ver cuanto acontecía debajo de la mesa. Palmira, Ayunata y Maritornes se hallaban, junto con el resto de los invitados y sirvientes de confianza, en cuclillas y formando un círculo alrededor de la inerte y desenterrada momia de Restituta, apoyada en la pata central de la mesa, en posición sentada y mirando con sus vacías cuencas en la dirección del obispo. Este quiso apartar la mirada pero no pudo, sintiendo en su mente la casi olvidada voz de Restituta que le invitaba a sentarse a su lado. Intentó levantarse y huir, pero estaba como paralizado. Púsose en la muy poco honorable postura de cuatro patas, pero sólo hasta ahí le alcanzó el movimiento, pues volvióse a quedar petrificado, sin posibilidad siquiera de gatear y con los ojos clavados en la momia. Mientras, recordaba, a su pesar, que se había negado a darle la extremaunción a aquella maldita bruja y habíale también prohibido a Don Anuncio que acudiera en su lugar, pensando así estar a buenas con Don Anselmo, principal benefactor de la diócesis, pues no estaba al tanto de los tejemanejes entre éste, el cura y Restituta. Entonces percibió, con el rabillo del ojo, que un enorme negro, sólo cubierto con un taparrabos, se levantaba y, con pasos de autómatas, colocábase lentamente a su espalda. Las tres mujeres levantaron la barbilla a la vez e hicieron un gesto afirmativo al negro, como dándole una orden. Don Eubaldo se orinó de miedo. El criado, levantándole los hábitos y arrancándole la ropa interior, canturreó las palabras que se dicen al administrar el sacramento de la unción de los enfermos. Cuando terminó, sodomizó brusca y violentamente a Don Eubaldo, que quiso gritar y así hacer ver que era la primera vez, pero de su boca sólo pudo salir un antiguo cántico indígena dedicado a la diosa Fecundidad. A medida que iba cantando las estrofas, la momia se iba reencarnando cual escolar lección de anatomía en láminas consecutivas y el miembro del cochero favorito de Palmira iba creciendo en su interior, hasta que el placer y el dolor fueron tan intensos que se desmayó, quedando inerte, suspendido en el aire, empalado en la potente verga del criado.

Seis meses después recuperó la cordura durante un instante, en una celda del manicomio provincial de San Severo, para volver a enloquecer inmediatamente al reconocer, en la persona de su

celador, al negrazo de marras, quien le sonrió picarescamente, haciéndole un guiño de cariñosa complicidad. Este hombre cumplió con su oficio de enfermero hasta que don Eubaldo murió, víctima de un desconocido mal en el recto. El antaño obeso obispo finiquitó con un peso de cuarenta y dos kilos y una altura de metro noventa y tres, gritando como un poseído que quería un pedazo de tarta.

Ninguno de los asistentes a la fiesta volvió a aparecer por la casa nunca más, ni recordó nada de lo que pasó allí ese día, tan sólo el hombre calvo que, abandonando una prometedor carrera de calafateador de piraguas, quedóse de por vida, trabajando en las cocinas de la hacienda, quizás aún buscando el diente de oro entre guisos y cacerolas.

Don Mateo Cánamo embarcóse como grumete en una nave de guerra que partió de Aguazabán una semana después. Estuvo tres años navegando, durante los cuales volvió a estudiar para médico, pues había olvidado en un día todo lo concerniente a su profesión. Aprovechando una escala en la capital, bajó para examinarse y el destino quiso que fuera detenido por fraude estudiantil, pues se descubrió que hacía años que estaba aprobado de las materias a las que pretendía presentarse. Como se trataba de un delito único en la historia de la enseñanza y no habían leyes ni jurisprudencia que lo regularan, archivaron su caso, permaneciendo una buena temporada en prisión, donde llegó a ser muy popular por los frecuentes e improvisados recitales de poesía erótica con que deleitaba a presos y carceleros. Llegó a ser realmente feliz y a sentirse mejor que en su casa, hasta que, víctima de una amnistía que proclamó el presidente Bochino cuando curó de una grave dolencia de juanetes, volvió al pueblo que le vio nacer, reabriendo su consultorio y casándose con la primera paciente que apareció por allí, una estudiante de odontología que le fabricaría una dentadura postiza, citada en los anales de la medicina como el modelo Fénix, renacida sobre el polvillo de la anterior. Tuvieron numerosa descendencia y, aún hoy, el apellido Cánamo engrosa, con más de cuarenta nombres propios y diferentes delante, el padrón de habitantes de Cornualla.

Don Anuncio, después de hacer los trámites necesarios para encerrar de por vida a su superior, marchó a las misiones, donde conoció a una negrísima monja clarisa, apasionada del dibujo artístico, llamada Sor Suspiro, y cuyo nombre de *soltera* era Cumbamba. Escapáronse juntos, presa de violenta pasión, a Europa, donde fundaron una afamada academia de dibujo y pintura, en la cual Anuncio, que ya se había quitado el *don*, se encargaba de las clases particulares y retratos a señoras marquesas y baronesas ya citadas. Nunca fue fiel ni tampoco infeliz. No tuvieron hijos, mas dibujaron muchos, que es como tenerlos, pero más barato.

La mulata Palmira escribió el sainete, archileído y representado en medio mundo, *La traición y posterior muerte de don Cándido a manos de la furcia Palmira*, texto que llegó a constituir lectura y práctica obligada en cualquier escuela de interpretación que se preciara de serlo. También creó una compañía de teatro itinerante, conocida sobre todo por la gran cantidad de jóvenes actores que hicieron el papel protagonista. Ella hizo de furcia Palmira hasta que fue tan vieja que ningún galán quiso trabajar con ella. Entonces murió.

Don Anselmo se acostumbró a dormir en el jergón del perro y con el caldero puesto, que le protegía de la luz del día, pudiendo así dormir cuantas horas quisiese. Por el ruido tampoco debía preocuparse, pues habíase quedado completamente sordo a raíz de los cabezazos del día de la fiesta. Sus nietos jugaban siempre con él, sin llegar nunca a despertarlo. Un buen día, después de semanas de sueño ininterrumpido, los niños dijeron que el abuelo olía mal y ellos mismos, con ayuda de su madre, abrieron el panteón familiar, donde también descansaba Restituta, enterrando al viejo a su lado. Alguien dijo que si Don Anselmo dormía tanto era precisamente para compensar el poco o ningún descanso eterno que iba a tener en tal compañía.

La sirvienta Maritornes siguió, como era su destino, al lado de Ayunata hasta que ésta tuvo su primer hijo, muriendo inmediatamente después, aunque tuvo que resucitar durante un rato hasta que terminó el parto, pues vinieron mellizos, cosa no incluida en las predicciones de Restituta.

En cuanto a Ayunata, continuó con su destino de arcángel justiciero, siendo una mujer mala y proporcionando castigo a cuantos hombres con bajos instintos y feas pasiones se le acercaron. Los pretendientes avariciosos perdían hasta la camisa en cuestión de días, los demasiado libidinosos pronto morían en el balneario de La Playita, entre horribles dolores y alucinaciones febriles. Hasta que un día, un hijo bastardo del capitán Cándido María de las Mercedes, palabra de Pedro Porras, el buhonero que jamás mentía; que había heredado de su padre el buen porte, la gallardía y las ideas revolucionarias, pasó por allí, recaudando partidarios para uno de los levantamientos que solían producirse en el país cuando llegaba el buen tiempo. El flechazo fue instantáneo, desposándose los novios al cabo de tres semanas y creando en la hacienda la primera cooperativa agraria que se fundó y arruinó en esta parte del país.

FIN